



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

**Omar Arcega** (Puebla, Puebla, 1981). Estudió Artes Plásticas en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda”. Ha participado en exhibiciones colectivas en México, Guatemala y Argentina. Entre sus exposiciones individuales se encuentran *Bitácoras y percepciones en el camino de acero* (Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos, Puebla, 2009), *Safari* (Café La Gloria, Ciudad de México, 2009), *Paranoia* (Arróniz Arte Contemporáneo, Ciudad de México, 2012) y *Power* (Polyforum Siqueiros, Ciudad de México, 2013). Su obra ha sido publicada en medios impresos de México y Estados Unidos, y forma parte de importantes colecciones como la del Banco de México, la del Museo Nacional de la Estampa, la del Museo Taller Erasto Cortés y la de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Autónoma de Coahuila. Obtuvo premio y mención en los Encuentros de Arte Contemporáneo, Puebla. Ha sido becario del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico del Gobierno del Estado de Puebla (2008, 2010) y del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla. Actualmente es becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA en Gráfica.

IMAGEN DE PORTADA



Laura Elizabeth Pérez Santana, *Sonidos de Ehécatl*, fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012



EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Radiografía parental / Mónica Nepote	8
CONCURSO 45 DE PUNTO DE PARTIDA	12
PRIMERA ENTREGA	13
panam-verdes (poesía) / Julio César Suárez Cervantes	15
Cherán: Todos los árboles del mundo (poesía) / Armando Salgado	26
Sonidos de Ehécatl (fotografía) / Laura Elizabeth Pérez Santana	31
Nievø (cuento) / Lena Abraham	42
Lucía (cuento) / María del Carmen Martínez López	45
Luchas de barrio (fotografía) / Ulises Valderrama Abad	50
Cacerías y fraudes vulgares (ensayo) / José P. Serrato	61
Insectario de retórica (Teoría poética de los insectos) (ensayo) / Lázaro Tello Pedró	69

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles  
*Rector*

María Teresa Uriarte Castañeda  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 186, julio-agosto 2014  
Fundada en 1966

*Edición:* Carmina Estrada  
*Redacción:* Itzel Rivas Victoria  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* María Luisa Martínez Passarge  
*Imagen de portada:* Laura Elizabeth Pérez Santana  
*Ilustración de este número:* Omar Arcega  
*Impresión en offset:* Imprenta de Juan Pablos S.A.  
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen  
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.  
Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico: [puntoenlinea@gmail.com](mailto:puntoenlinea@gmail.com)  
[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)  
[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,  
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Este número, dedicado a la primera entrega de premios del Concurso 45 de *Punto de partida*, abre con “Radiografía parental”, de Mónica Nepote, que bien puede funcionar como botón de muestra de los caminos por los que transita la poesía —y el arte— actual: la autorreferencialidad y la reflexión a partir de la memoria; el poeta —sus recuerdos— como materia prima de su poesía. En el caso del poema de Nepote que ocupa estas páginas se suma el justo ejercicio de los recursos —lenguaje, ritmo— y tenemos, entonces, una obra notable.

La lectura de este poema me lleva a otra de las tónicas de la literatura reciente: la dilución de los géneros. Y lo traigo a colación porque éste es un elemento clave en los ensayos ganadores que hoy publicamos: de José P. Serrato, “Cacerías y fraudes vulgares”, un texto lúdico en el que la ficción desborda los límites formales y apuntala la reflexión sobre el ser humano como cazador y presa. En el segundo ensayo, “Insectario de retórica (Teoría poética de los insectos)”, Lázaro Tello se vale de ciertas especies para trenzar una maraña de ligas entre autores y libros en un insectario que, a decir del jurado, “rejuvenece la tradición hispanoamericana del bestiario”.

El número incluye además los ganadores en los rubros de Poesía, Fotografía y Cuento. En Poesía, el primer premio corresponde a “panam-verdes”, de Julio César Suárez, retrato entrañable de una generación a través de personajes y situaciones del entorno cotidiano. El segundo premio lo recibe Armando Salgado por “Cherán: Todos los árboles del mundo”. En esta reunión de poemas, Salgado apuesta por la temática social en una espléndida serie que parte de la memoria y la historia reciente de Cherán, municipio autónomo michoacano.

En Cuento, los textos ganadores comparten la temática fantástica aunque con abordajes distantes: por un

lado, “Nievoe”, de Lena Abraham, que destaca por la tersura de la prosa y la correspondencia entre tratamiento y anécdota. Por otro, en “Lucía”, María del Carmen Martínez conjuga con acierto imágenes de la infancia y la edad adulta.

El jurado de Fotografía premió esta vez dos reportajes fotográficos de corte documental, resultado de proyectos extensos realizados durante varios años. El primer lugar lo recibe Laura Pérez Santana con un registro de bandas de viento en distintas festividades populares titulado “Sonidos de Ehécatl”. El segundo premio es para “Luchas de barrio”, de Ulises Valderrama, quien documenta con su cámara la práctica de la lucha libre en arenas de la Ciudad de México.

En cuanto a la parte gráfica, contamos en este número con obra del artista visual Omar Arcega, que nos comparte algunas imágenes de sus poderosas series *Arquetipos del poder II (Notaciones)* y *Agressive Hunting Pictures*. Un trabajo visual espléndido que invitamos a conocer a detalle en <http://omararcega.blogspot.mx/>

Para cerrar este comentario, quiero como siempre reconocer y agradecer encarecidamente el apoyo de los miembros de los jurados en esta edición del concurso anual de *Punto de partida*: Emiliano Pérez Cruz y Magali Tercero; Andrés Acosta, Gonzalo Soltero y Daniela Tarazona; Rowena Bali, Marcial Fernández y Jorge F. Hernández; Eduardo Huchín, Javier Perucho y Brenda Ríos; Vicente Guijosa, Javier Hinojosa y Francisco Kochen; Gilda Castillo, Víctor Guadalajara y Luis Miguel Valdés; Rocío Cerón, Ernesto Lumbreras y Mónica Nepote; Tanya Huntington y Eduardo Uribe. A todos ellos, muchas gracias. ♡

Carmina Estrada

# Radiografía parental

Mónica Nepote

Hay una habitación en un museo,  
no sé bien lo que contiene pero el tema es el nombre,  
se llama el cuarto de las posibilidades.

Leo esto en un prólogo.

Leo muchas cosas que rebotan en el muro

en un muro interno, o más bien una red gigante.

Imagino ese tipo de red que se coloca bajo la cuerda floja,  
durante los entrenamientos de la gente que hace circo.

Mi padre tenía una cierta devoción por el mundo circense.

Eso me lo contó mi madre alguna vez, al parecer, porque ella mostraba  
cierto pudor al desvestirse ante su marido y él  
le reprochaba o la instigaba diciéndole  
lo feliz que habría sido con una mujer contorsionista.

Imaginar a los padres en actos íntimos

sobre todo cuando uno de esa antigua pareja está muerto  
y otra casi inmóvil  
es un acto de cierta pornografía narcisista, es un acto raro de calificar.



Alguna vez encontré una imagen de mi madre a sus diecinueve años

podría ser mi hija, pensé,  
el parecido  
el tiempo  
el desfase  
su rostro  
y mi edad  
y mi circunstancia.

Podría yo ser la madre de mi madre si esa imagen  
desde una película súper ocho, cobrara otra vida.

Si los padres cobraran otras vidas  
si la vida cobrara menos las que son,

el cuarto de las posibilidades  
es un espacio, en un museo.

**Mónica Nepote** (Guadalajara, Jalisco, 1970). Poeta, ensayista y editora. Es autora de los libros *Trazos de noche herida* (Fondo Editorial Tierra Adentro / Conaculta, 1993), *Islario* (Filodecaballos, 2001) y *Hechos diversos* (Ediciones de La Galera, 2011). Actualmente explora la relación entre cuerpo, libro, escritura y voz a través del movimiento corporal, la poesía, el ensayo, la imagen y la edición.

pp. 10-11: De la serie *Aggressive Hunting Pictures, collage, técnica mixta/papel recortado*, medidas variables, 2010-2012





Concurso 45 | Primera entrega



# Concurso 45

## Premios y menciones



### CRÓNICA

#### Primer premio

*Los racimos de odio*

Cristóbal Manuel González Apanco  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel Del Valle

#### Segundo premio

*Templo*

Saúl Florentino Sánchez Lovera  
Centro Universitario de Estudios  
Cinematográficos-UNAM

#### Mención

*Real del Monte: perenne añoranza mineral*

Alejandro Salvador Ponce Aguilar  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

JURADO: Emiliano Pérez Cruz y Magali Tercero

### CUENTO

#### Primer premio

*Nieve*

Lena Abraham  
Facultad de Filosofía y Letras/ Instituto de  
Investigaciones Filológicas-UNAM

#### Segundo premio

*Lucía*

María del Carmen Martínez López  
Escuela Nacional de Música-UNAM

#### Menciones

*Lo que habita en la cabeza*

Víctor Roberto Carrancá de la Mora  
Universidad Iberoamericana-Puebla

*Ahí vienen los muertos*

Enrique Ángel González Cuevas  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*La albacea*

Alejandro Espinosa Fuentes  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Andrés Acosta, Gonzalo Soltero y  
Daniela Tarazona

### CUENTO BREVE

#### Primer premio

*Letras verdes*

Jorge Enrique Popoca López  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Segundo premio

*En la boda*

Alfredo Álvarez Ocampo  
Facultad de Ingeniería-UNAM

### Menciones

*El castigo de Prometeo*

Manuel Adrián Chávez Pérez  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Australiana*

Melissa Estefanía Muñoz de la Torre  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*El gallo de Verónica*

Oriana Jiménez Castro  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Mi sostenido o el del descuido*

Tonatiuh Chan Higareda  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

*Paciencia*

Claudia Alejandra Cario Valverde  
Centro de Cultura Casa Lamm

JURADO: Rowena Bali, Marcial Fernández  
y Jorge F. Hernández

### ENSAYO

#### Primer premio

*Cacerías y fraudes vulgares*

José de Jesús Palacios Serrato  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel San Lorenzo Tezonco

#### Segundo premio

*Insectario de retórica (Teoría poética de los  
insectos)*

Lázaro Tello Pedró  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
Plantel San Lorenzo Tezonco

#### Menciones

*La inclinación: La aventura contemporánea  
de Sísifo*

Canek Sandoval Toledo  
Universidad Veracruzana

*Todos los caminos llevan a Ítaca*

Pamela Elizabeth Flores López  
Universidad Pedagógica Nacional

JURADO: Eduardo Huchín, Javier Perucho  
y Brenda Ríos

### FOTOGRAFÍA

#### Primer premio

*Sonidos de Ehécatl*

Laura Elizabeth Pérez Santana  
Universidad Autónoma del Estado de México

#### Segundo premio

*Luchas de barrio*

Ulises Valderrama Abad  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Menciones

*Presencia efímera*

Libo Ariel González Aguirre  
Universidad Autónoma de Baja California/UNAM

*Cremallera*

Mariana Salazar Alva  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Autodefensas a escena*

Alejandro Dayan Saldívar Chávez  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Desnudo erótico*

Mauricio Sánchez Ramírez  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

JURADO: Vicente Guijosa, Javier Hinojosa  
y Francisco Kochen

### GRÁFICA

#### Primer premio

*De lo humano*

Omar Mendoza Linares  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

#### Segundo premio

*Mapas de la memoria*

Rodrigo Rosas Torres  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

#### Menciones

*Siete cuerpos*

Eric Daniel Lozano Ramírez  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Sombra*

Ramón Eduardo Izaguirre Hernández  
Instituto SAE

JURADO: Gilda Castillo, Víctor Guadalajara  
y Luis Miguel Valdés

### POESÍA

#### Primer premio

*panam-verdes*

Julio César Suárez Cervantes  
Universidad Veracruzana

#### Segundo premio

*Cherán: Todos los árboles del mundo*

Refugio Armando Salgado Morales  
Instituto McLaren de Pedagogía Crítica

#### Mención

*Crónicas de un otro día*

Carla Xel-Ha López Méndez  
Universidad de Guadalajara

JURADO: Rocío Cerón, Ernesto Lumbreras  
y Mónica Nepote

### TRADUCCIÓN LITERARIA

#### Primer premio

*Jugar al eco al aire libre* (varios autores)

Ana Lucía Terán Cornejo  
Universidad de Sonora

#### Segundo premio

*Clitemnestra o el crimen* (Marguerite Yourcenar)

Jorge Enrique Popoca López  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

#### Menciones

*Dos textos de Amiri Baraka*

Dante Anaya Saucedo  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El mar de cerca* (Albert Camus)

Théo Dominique Dufétel Piñón  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Tanya Huntington y Eduardo Uribe

## Primera entrega

POESÍA / Jurado: Rocío Cerón, Ernesto Lumbreras y Mónica Nepote

*panam-verdes* / Primer premio

Julio César Suárez Cervantes

Universidad Veracruzana

*Cherán: Todos los árboles del mundo* / Segundo premio

Armando Salgado

Instituto McLaren de Pedagogía Crítica

CUENTO / Jurado: Andrés Acosta, Gonzalo Soltero y Daniela Tarazona

*Nievæ* / Primer premio

Lena Abraham

Facultad de Filosofía y Letras / Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM

*Lucía* / Segundo premio

María del Carmen Martínez López

Escuela Nacional de Música-UNAM / Universidad Iberoamericana

FOTOGRAFÍA / Jurado: Vicente Guijosa, Javier Hinojosa y Francisco Kochen

*Sonidos de Ehécatl* / Primer premio

Laura Elizabeth Pérez Santana

Universidad Autónoma del Estado de México

*Luchas de barrio* / Segundo premio

Ulises Valderrama Abad

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

ENSAYO / Jurado: Eduardo Huchín, Javier Perucho y Brenda Ríos

*Cacerías y fraudes vulgares* / Primer premio

José P. Serrato

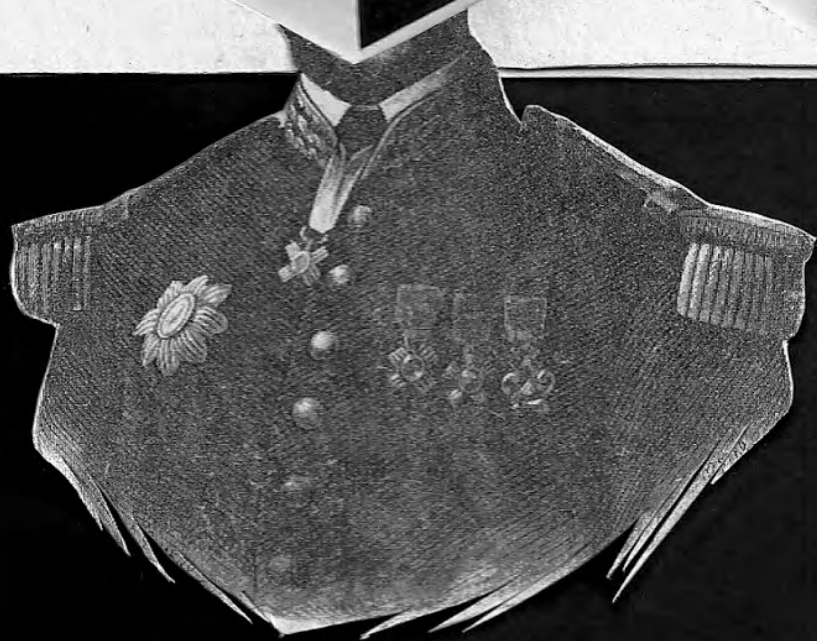
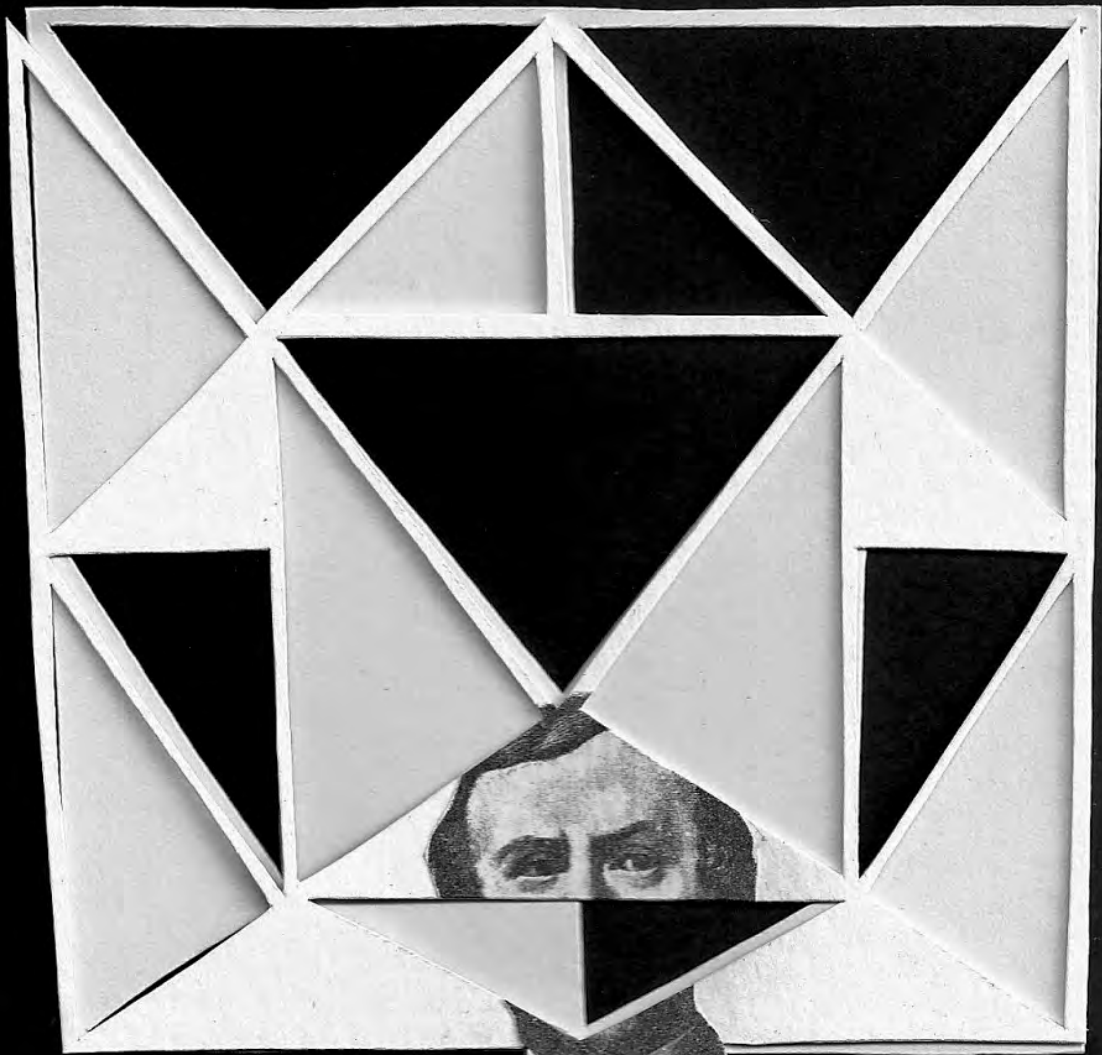
Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel San Lorenzo Tezonco

*Insectario de retórica (Teoría poética de los insectos)* / Segundo premio

Lázaro Tello Pedró

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel San Lorenzo Tezonco





# panam-verdes

Julio César Suárez Cervantes

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

## 1. Good morning

Abro mis ojos, invento la luz,  
quito mis lagañas con los dedos como pedacitos del mundo anterior: el Viejo Mundo ((apenas ayer)), *no me preguntes cómo pasa el tiempo*, sigo pacheco. La luz está rota en miles de fotones, hay migajas de luz en la ventana, aromas del sueño, leo golondrinas en el aire. A esta hora las cosas no son las cosas que serán al mediodía: cuando el aire madura se convierte en pájaros. A esta hora todo lo que digo se me cae ((con la baba)), a esta hora todo lo que cae se dice en mí:

Unos pies descalzos me anuncian el advenimiento de todo ((otra vez)): el cuerpo desnudo de mi hermano, la voz de Aristegui, mi madre con su cruz invisible, el agua, repitiéndose contra el azulejo, el agua contra la cara de mi padre, su cara de azulejo, el agua repitiéndole la cara de su padre, nuestro padre de azulejos. Miro mi uniforme y recuerdo las clases. También se rompen igual que los platos, también se olvidan después de todo, después de mis Cornflakes, después comienza la construcción detallada del día en todas sus partes. Dibujo un reloj en mi muñeca. Hago tiempo. El Mundo tarda en reconfigurarse allá afuera. Enciendo mi fe y camino hasta la puerta. Se levantan la luz y los pájaros. Yo murmuro mi oración atea sobre el aire:

á b r e t e s é s a m o

**Julio César Suárez Cervantes** (Xalapa, Veracruz, 1990). Estudia Artes Visuales en la Universidad Veracruzana. Ha publicado poemas en las revistas *Y-letrados*, *Radiador Magazine* y *Revista-Abiert@*. Formó parte del colectivo *Adict@s a la Poesía*. Actualmente participa en el proyecto *poesía-fosforescente*, el cual se puede seguir en las páginas <<https://www.facebook.com/poesiafosforescente>> y <<http://poesia-fosforescente.tumblr.com>>.

## 2. Melisa y yo

a.

Ana no, ellas no. Ya casi no vienen a la escuela. Ana está embarazada, también Melisa y mi prima Carmen, la de los dieces, la de los braquets, están embarazadas. Creo que todos nos estamos embarazando lentamente en esta preparatoria. Tal vez son los tiempos y las palabras de la gente o las partículas de luz que flotan en los salones. Lo digo porque a mí también me está creciendo algo lentamente por debajo del estómago, y siento un poco de vergüenza. Toco mi vientre todas las noches y escucho, las canciones que me gustan, adentro de mí, gordas luciérnagas, sin ojos todavía, sin manos todavía, sin boca sin nada ((nadando)) en mi vientre sin fondo, tocándome a fondo por el vientre, por debajo de mis manos creciendo, un poco más cada madrugada, ((hablo de mi amor)) mi hijo adentro de mí: el hijo de la luz y mi carne.

b.

Bueno, quizá son los meses, por ejemplo, abril es un mes amarillo de 30 girasoles. Los jardines escolares se abren y crecen en abril igual que las plantas carnívoras de mi abuela. Mi abuelita la dinosaurio. La que mira el futuro en sus manos arrugadas y en las ollas. Yo no puedo. Yo sólo aprendí a leer los lenguajes-corporales-preparatorianos, por ejemplo: leo que los pechos de Melisa están creciendo ((se me antojan más que antes)) brillan, pulsan, casi flotan por los salones, ella es una gira-sola. Yo no tengo pechos pero sé que estoy embarazado. Yo también floto igual y giro-solo, porque alguien machucó mi corazón con un popote, alguien fecundó mi corazón con su polen, cuando me tiré a fumar en el pasto.



### 3. Juan

Cuando nazca le pondré mi nombre,  
alguien machucó mi corazón con un popote,  
sí, alguien cuando me tiré a fumar en el pasto,  
sí, mamá, cuando nazca le pondré mi nombre,  
tendrá mi voz y mi cara,  
dirá presente cuando pasen lista en clase,  
usará panam-verdes, caminará mis calles,  
dormirá en mi cama y pensará:  
dios machucó mi corazón con un popote,  
él besaré a mi hermano y comerá en la mesa,  
él bordará mi nombre en facebook,  
él ocupará mi asiento del autobús y recargará su cabeza  
contra el vidrio, él soñará mientras escucha mis canciones,  
él hará el amor con mi novia los martes  
en la habitación de ella, en esa colonia de pinos y araucarias  
y viejos sapos enjorjados con vista panorámica a los bosques,  
sí, mamá, cuando nazca le pondré mi nombre,  
y será hermoso,  
él tendrá mis ojos en su cara para mirarte,  
él despertará desnudo en la cama de mi novia  
pensando en mí.

## 4. Haikus

A veces escribo haikus en mis libretas  
pero al otro día desaparecen. Algo los borra suavemente, algo los muere.  
A veces también me duermo en clases y despierto con un haiku pegado  
en mi frente, con su baba japonesa.  
Mamá dice que estoy mal, me llevará al psicólogo, piensa que son pesadillas,  
piensa que son monstruos del pasado parecidos a godzillas,  
pokemones, majim-boos, samuráis con cabezas de peluche, etcétera:  
demonología japonesa.  
Leí que la hipnosis tiene como fin revertir el cerebro  
al estado en el que se formó el trauma para resignificar el evento traumático  
y reconsolidar una nueva memoria, nuevos haikus, nuevos poema-neuronales.  
Yo pienso que mi madre no piensa. Yo la quiero, mi mamá me mimó.  
Mi mamá debería llevarme al semiólogo o al dentista.  
Yo la quiero pero ella flota en la casa llorando como un globo de carne.  
Está preocupada porque los japoneses están locos. Se suicidan en los bosques.  
Hacen robots que limpian los trozos que se quedan en los bosques.  
*Ma, no llores...* ella está preocupada,  
ella flota en la casa llorando como un globo de carne.  
*Ma, no llores, la Luna es un túnel al Sol* ((le digo))  
*Ma, te amo*, mientras me derrito con mi piel de gelatina  
y la abrazo con todas mis fuerzas.

## 5. Fabián

No los dejaban aventar avioncitos de papel, hacer hogueras de papel,  
bolas de papel. No los dejaban dibujar en las libretas ni en los libros  
ni en los corazones de papel.  
Nosotros tenemos tablets pero no nos dejan entrar a internet.  
Tampoco nos dejan hacer hogueras de papel, bolas de luz,  
cartitas de luz. No nos dejan jugar ni con luz ni con papel.  
Dicen que matamos árboles, quemamos árboles, cortamos árboles.  
Los árboles son el futuro del Mundo. Mañana es verde.

Ayer no lo digas.  
Fabián no tiene tablet, pero él es un cyborg.  
Nació con sólo un pedazo de cerebro y sin brazo izquierdo,  
pero los doctores ya diseñan prótesis de casi todo.  
A diferencia de mi abuelo y su avanzado marcapasos, Fabián  
tiene un corazón natural que late, con hermosísimas venas.  
Tiene novia y es bonita. Él es guapo con el uniforme de los viernes  
y sus ojos son rasgados. A él tampoco lo dejan aventar bolas de luz  
ni hacer hogueras de papel  
ni escribir en corazones de papel. Los maestros dicen que Fabián es un robot  
pero nosotros sabemos que tiene un corazón tan rojo como las rosas.  
La escuela no estaba lista. Los maestros dicen que el Mundo no estaba listo.  
Fabián es el anticristo, el pasado, el futuro,  
y todos lo miramos con amor.

## 6. Helena

Ese cuerpo era el peor de los fracasos, nada contenía,  
todo estaba lleno de agujeros nadando, medio triste y torpe,  
medio frasco, mitad nada, húmedo todo nadando,  
ese amor era el peor de los celulares, nunca le daba señal,  
no servía bajo el agua, era el peor de los uniformes,  
todo estaba sin forma, todo manchado,  
naranja y gris como las tardes, todo sin forma formándole,  
todo era grillos y canciones mutantes, celulares androides,  
¿por qué tirada en el pasto las nubes no son nubes?  
en el pasto la hora no es la hora ni la hora es un pasto de nubes.  
Amaba sus audífonos más que a todo.  
Las flores olían sus dedos, esas flores mutantes,  
digo que tirada en la música del pasto le andaban las hormigas,  
guardaba silencios, miraba las nubes:  
Xóchitl, todavía me dueles y me da vergüenza ((pasas))  
y me gana la tristeza. Este amor es el peor de los bordados artesanales.  
Xóchitl la de calcetas lisas caminando por mis flores,

para siempre guardaré tu aroma sobre mis muslos,  
te despido  
tirada sobre el pasto de la prepa, mañana te irás,  
como también se fueron las hormigas.

## 7. El salón de clases

a.

A veces el salón de clases es un cadáver que nos contiene a duras penas medio vivos, con su luz doble y horizontal endureciendo nuestras frentes: los cerebros en blanco. Aquí no se puede hacer nada por sobrevivir. Sobremorimos. El tufo nos comprime las cabezas. Nos vuelan las moscas. Somos siempre otra historia de zombis. Se acaba el oxígeno. Los párpados pesan. Las manos. Los pies. Toda la cabeza y el cuerpo entero. Todo pesa. Aquí no hay brújulas, estamos perdidos. Hasta facebook aburre. Aturde la velocidad de sus imágenes. La velocidad del mundo es un caballo que vacía el vientre de las cosas: no hay fondo. La voz de la maestra es un hilito rojo que atraviesa el salón de clases, el aire es una estatua que abre la boca y se traga el hilo.

b.

...Brasil, Brasil, Brasil,  
dice que en Brasil surgió el movimiento artístico antropofágico, ahora que lo dice deberíamos comernos todos artísticamente  
sin ropa, en medio del salón...

...lo Universal, dice que lo más importante era el aspecto Universal,  
ahora que lo dice deberíamos salir a las calles y devorarnos unos a los otros  
globalmente.

c.

Carajo, que alguien rompa un vidrio por favor. Que estalle una puta lámpara y nos caiga encima. Que griten como si fuera un orgasmo. Que alguien abra una Coca-Cola y la comparta. Por favor, es tarde, cae la noche, pero nosotros no caemos hacia el fondo de

sus estrellas. La estatua sigue, esta clase es una piedra, mi catana no la perfora. Todos morimos las horas y comemos la piedra. Ya se nos caen los dientes como viejos samuráis con antiguas cabezas de peluche.

Un rato más y comenzaremos a morir por partes, o en harakiris,

sí, uno que otro ya tiró la cabeza, el tiempo es una serpiente que perfora los cráneos, es pesadamente aburrida, su pico es invencible, nos quitaron los cascos desde niños.

Hace 2 horas la maestra se convirtió en un pulpo idiota. Yo también lo hice.

También la ventana y los otros, todos somos unos idiotas. ¿Qué suena?

ya sé, vino el agua, ¿para qué tantas gotas diciendo lo mismo?

miles de gotas se impactan, nos miramos como pulpos idiotas.

Escribo: hay estudiantes y pulpos mirando la lluvia.

Perdón, corrijo: digo que son estudiantes lloviendo la pulpa.

No. Lo borro. Escribo pulpos muriendo en la lluvia.

8. YO TAMBIÉN TUVE UNA NOVIA QUE NO ME GUSTABA. No era horrible pero tenía unos cuantos pelos en la espalda y eso tapaba toda feromona-luz que de ella pudiera brotar. Era mi novia pero no la dulce perla mexicana, sólo era mi novia y mi escafandra. Yo creía ese discurso patético que sublima lo profundo de las cosas, y para amar bien no me importaba si su rostro era desagradable, me importaba mi capacidad mística para expropiar su hermoso-petróleo-espiritual-humano. Del amor nos decían que lo inevitable era perderse, sentirnos infinitos o finitos o bobina de viceversas. A veces la cafetería en la besaba un poco, o al revés, o la imaginaba desnuda y de cabeza haciendo mis tareas en los sillones de una casa grande. Todos los días agarraba su pupitre y la molestaba en sus piernas rayando penes en sus libros o libros en sus penes, ya no me acuerdo. Yo decía que eran poemas. Ella decía que los poemas no existen.

Un día después de manosearnos en su cuarto le escribí

*tu cuerpo es un lugar habitable, cuando te toco, me siento en casa*

((así de cursi dejaba morir mis páginas y mi cara de murciélago)).

Ella, siempre inteligente, me respondía con un msj... *los poemas no existen.*

Duramos poco y poco nos besamos. Un día ella caminó a mi falda con su casa de cuadros. Un día-pelos-glándulas-muslos-agua-gemidos-aire. Un día las moscas dejaron de volar. Un día para escuchar. Un día nuestra película porno. Un día nuestra canción preparatoriana se nos regó por el ombligo. Un día eso que decíamos. Un día parecido al amor. Un día rebotando en mi poema. Un día terminamos. Un día toda la tarde.

## 9. En los salones hay maestros

Los maestros enseñan lo que saben a otras personas.  
Los maestros no enseñan lo que no saben y no escuchan.  
Los maestros dan clase y cobran su sueldo y enseñan.  
Los sueldos no enseñan lo que saben a otras clases.  
Los sueldos enseñan maestros a otras personas y no escuchan.  
Los sueldos cobran personas y dan sueldos y no lo enseñan.  
Los salones escuchan lo que enseñan los maestros.  
Los salones cobran sueldos y clases y enseñan otras personas.  
Los salones enseñan lo que las personas y los maestros no saben.

## 10. Jardín botánico

a.

Atrás, yo fumé marihuana con mi maestra de filosofía en una banca del jardín botánico lejos de la ciudad, donde el smog no mordía nuestros pulmones. Allá el cielo durazno con sus espirales de nimbos movía las cabezas de los árboles, mientras nosotros hablábamos de humanos antiguos, guerras, nahuales y dioses que fornicaban como toros o neblina. Yo estaba enamorado pero nunca se lo dije,

miré su bufanda toda la tarde, respiré sus aromas,  
vimos volar pájaros lentamente, caer hojas lentamente,  
la luz lentamente, yo estaba enamorado lentamente pero nunca se lo dije.

b.

Básicamente escuchó un murmullo místico que no era el pasto. Algo le dolió por dentro. Un pequeño grillo, un insecto azul que se inflamaba en la reja de sus costillas. Lento, dios se quemaba entre sus labios y poco a poco olvidaron a Gustavo, o acaso él los olvidó a ellos cuando se tiró a fumar en la yerba, y allí lo perdieron.

c.

Conclusiones: No soy un samurái con cabeza de peluche que pueda cambiar el color del mundo. Me parezco más a una plantita verde sobre las dunas, a mis tenis panam-verdes, a mis lápices de colores regados por la casa, como delgados troncos de un bosque finito.

## 11. Diálogo platónico sobre las bancas

Le dijo Alondra, googléalo,  
 “qué difícil es acostumbrarse a los abrazos  
 que se quedan girando a solas, en la superficie de las bancas”  
 son girasoles solos Alondra,  
 él estaba enamorado pero nunca se lo dijo,  
 fue tripulante del humo que traspasó los árboles y el esqueleto  
 de los pájaros,  
 ella fumaba, él fumaba, después volvían a turnarse,  
 él la quería lentamente pero nunca se lo dijo,  
 ella era morena y tenía buenas piernas pero nunca se lo dijo,  
 ... algo debe quedar en esta bachita de café ((pensaba))  
 un trozo de labios, un poco de historia o filosofía,  
 un poco de promesas, un poco de aquello,  
 lo que la gente siente cuando dice que se enamora:  
 sueños azules, grillos azules o guerras,  
 cartas de amor, tarántulas de amor, picos negros  
 y cartas de amor para soñar azul tarántula,  
 dioses antiguos que fornican como toros o neblina

girando a solas como gajos, de naranjas y ceniza,  
en la superficie de las bancas,  
le dijo Alondra.

## 12. Futura

hacer  
hacer  
hacer  
todos los días  
todas las tardes  
todo para llegar a ser  
porque *un hombre es lo que hace*  
no lo que nace ((grita mi abuelo))  
o al menos eso dicen los otros mismos  
los que somos en los otros que me andan  
que mean que andan que decimos  
o al menos de eso se trata  
andar nadar mear  
mamasear en lo delgadamente difícil  
hablo del camino correcto  
porque debo *ser* lo político y moralmente correcto  
difícil de romper difícil  
durable y estoico  
bello  
hermoso como una aglomeración de pupitres  
encendidos en el patio.



### 13. María

María todos los días inventa todo  
rellena todo  
borra todo  
hasta que su corazón inventado  
lo cree todo  
palabra por palabra.

María todos los días escribe  
simplemente  
por vacío  
para llenar el silencio de las páginas  
porque a eso la enseñaron todos los días  
desde niña  
colorear todo  
María  
rellenar todo  
inventar todo María  
hasta que el corazón  
inventado lo crea todo  
palabra  
por  
palabra.



De la serie *Agressive Hunting Pictures*,  
collage, técnica mixta/papel recortado,  
medidas variables, 2010-2012

# Cherán: Todos los árboles del mundo

Armando Salgado

INSTITUTO McLAREN DE PEDAGOGÍA CRÍTICA

*Un bosque se abre en la memoria  
y el olor a resina es útil al corazón.*

Antonio Gamoneda

## 1

Papá, ¿dónde nacen los alfileres que anidan en los muertos? ¿Quizá en el remolino donde tristeza y polvo truenan balas para llevarse a los que no volveremos a ver? Ahí donde huele a podrido y la lontananza es distancia cría comparada con el filo que la calle apedrea entre el llanto de automóviles. Nadie sale a la calle, ni la luz. Ni las historias que alguna vez mamá nos contó. Ahora son relatos vagabundos con placas traseras y matrículas de fantasmas y cerros. Lugares donde se alimentan las banquetas con cuerpos desboronados. Extraño el crepitar de la fogata, el sonido de la noche, tibio, al igual que el cabello de la abuela. No sé dónde está. Muchas personas desaparecen. Son fichas enterradas donde huellas las sumergen como dientes en maceta. Papá. Entiendo que platicas con mamá a escondidas, alcanzo a oler tu enojo. Múltiples siluetas de miedo, no absorbido, frente a ti y ante los nuestros. Parvadas que al tocarlas se pierden como alfileres clavados en la nuca. No

**Armando Salgado** (Uruapan, Michoacán, 1985). Ha publicado los libros de poesía *Liturgias* (Secum, 2011; Premio Michoacán de Literatura Ópera Prima de Poesía 2011), *Corvus Suvroc* (Mantis Editores/H. Ayuntamiento de Hermosillo, 2012; Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2011), *Azogue Suite* (ICA, 2013; Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos 2012) y *Estancia de ánimas* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2013; Premio Nacional de Poesía Joven Francisco Cervantes Vidal 2013). Mereció el Premio Michoacán de Literatura Ópera Prima de Narrativa 2011 con el libro *Variaciones de una vida rota* (Secum, 2011). Es coautor de *Homenaje a Carlos Monsiváis* (Secum, 2010), *Poética de la resistencia* (Eón, 2011), *Puente imaginario* (Siete Cyan, 2011), *La memoria de los atunes* (Secum, 2011), *La ciudad de los poetas* (Secum; Nitro/Press, 2013) y *PlexoAmérica* (Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2013). Es miembro de la Sociedad de Escritores Michoacanos.

sabes dónde empieza la bastilla de esta cabeza, ni  
 la ruta por donde arropamos abandono. Sólo aire.  
 Lo hurtamos a la fuerza con los puños porque la  
 ausencia es lo único palpable y los hermanos y la  
 desaparición de los hermanos. No quiero estar  
 debajo de la cama ni escuchar los gritos de mamá.  
 Quiero dispararle al miedo, hacerle frente y darle un  
 puñetazo en la cara. No quiero ocultarme ante él.  
 Aquí autos mueven silencio y encumbran oscuridad  
 en la puerta. Golpes demoliendo candados. Papá,  
 deseo cerrar los ojos de otra manera y que al  
 abrirlos no golpeen la puerta para que nadie  
 desaparezca otra vez.

## 2

Vagar fantasmas en la cara. Sentir el fondo del caos  
 e inhalar atisbos sin los primeros rostros  
 desenmarañados. Sorber la eternidad y el origen de  
 un huerto. Hoy, la velocidad es tarde en bolsitas de  
 plástico. Un refresco, la pulpa de un árbol, personas  
 de vapor. Cerros abandonados a la fuerza.  
 Puñetazos por la espalda. La desbandada de un  
 barranco. Ojos en cruz. Troncos anudados.  
 Personas que al marcharse nunca volverán.

Mordida de un perro y alfileres de rabia en el ombligo. Despuntando árboles, cadáveres, el llanto. No dejo de recordar, no, no, no. Negarlos hasta el amanecer es creer que los sueños despiertan. Los pueblos, la madre tierra, los hermanos se escurren por la rendija. Destejo cuerpos de pan. Dientes esparcidos como recuerdos distantes. La placa de una vida mejor se renta en tiendas automáticas. Aserrín enrevesado. Placenta. Verde pálido. Verde muerto. La velocidad del dinero es testimonio de nuestras manos. El tacto no tiene permanencia. Las huellas son estériles. Ningún sujeto se levanta del piso para devolver la bala incrustada en su cabeza. Nadie. Ni la saliva, ni el jadeo, ni el tiempo arremolinado en los párpados, ni el cráneo roto. Tengo fantasmas en la cara. Son las personas que se fueron y que nunca volverán. No dejo de recordarlos y por eso están en mi cabeza. Son árboles que no quiero arrancarme pero en otro lugar fueron arrebatados del bosque. Ellos están en mi mente: Mi abuela Lupita, el abuelo José, Francisco, Tadeo, Joaquín. Sus pómulos restriegan calor en mi cara. Sus pómulos son tu rostro, papá. Deshuesadero de troncos ventilando calzadas. La gruta para alcanzar un poco de comida. El tiro en los ojos. La camioneta destrozada. Un padre

grabado en el lodo. Cherán. Bosque por brazos,  
vejiga por carreteras, cáncer por árboles. Las  
huellas se olvidan fáciles si la herida dentro del ojo  
está seca pero el olvido jamás se secará.

(Detrás de la camioneta el bosque está de luto).

### 3

Afilan un machete en la boca del suelo para cortar  
culebras en agua. El abuelo José partía historias  
como gajos de naranja y nos hablaba del respeto a  
la naturaleza. Era un gran árbol. Su bosque no  
conocía el dolor, ningún quejido. Decía que las  
enfermedades llegaron como fábricas de  
detergentes. Contaminaron cuerpos y los ríos y las  
historias personales de los barrios y las casas de  
adobe y la plaza del centro. Les dejaron códigos de  
barras para prevenir la vejez en la autopista que  
detona casetas. Los árboles ahora son petróleo y  
atermitan la dentadura del gasoducto. Inflan con  
resina la compraventa de colorante artificial para las  
arrugas. Al recordar, nunca había sido tan viejo y a  
la vez tan niño. Ay, Abuelo, corta otra naranja  
menos agria, una hogaza de pan no tan dura; no

compres charales con lama, mejor una chuspata o un taco de borrego sin limón. Los alimentos que anuncia la bocina tienen chapopote. Muertos tirados en la corteza de la autopista. Los *cortabosques* visten de añil, usan carros con sirena y reparten figuritas de miedo. Los productos televisivos maldicen el huinumo e ignoran a los pájaros. ¿Por dónde la niebla?, abuelo. Ahí la densidad es menor que la idiotez y cada trino es corazón y árbol por latir. Abuelo, la lluvia era un gallo que despertaba el fuego dentro de nosotros. En ese tiempo la abuela vivía. Tu automóvil era veladora para montar el cerro y regar no la gasolina sino un sorbo de mezcal como ofrenda para los antepasados, para no sentir averiado el motor del coraje. Fuiste otro que nunca regresó. Siguen cortándolos. Vienen del aserradero hechos pedazos como si la tierra fuera un costal para esconder los crucifijos; como si este páramo se arrancara los restos y enterrara los cabellos. Abro el costal. Soy menos hombre y recorro la muerte más rápido. Todo mi cabello está dentro de él, el llanto. Daga que me enterró muertos en lágrimas. Polvo que crece el lugar de los muertos. Jauría que muerde mi silencio porque no puedo gritar. La raíz de mi bosque se ha quedado muda.

#### 4

Abrí la jaula. Todos los pájaros volaron en busca de un árbol. Papá. Corrí tan fuerte como pude. Agarré coraje y levanté la tapa de la caja donde estabas. Pero, ¿por qué no volaste para llevarnos lejos de aquí?

# Sonidos de Ehécatl

Laura Elizabeth Pérez Santana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012





Fotografía digital, 8 x 10 pulgadas, 2012



**Laura Elizabeth Pérez Santana** (Toluca, Estado de México, 1962). Licenciada en Filosofía. Estudia la maestría en Humanidades: Filosofía Contemporánea en la UAEMéx. Ha participado en diversos talleres sobre fotografía. Obtuvo mención honorífica en el concurso de fotografía *Captura tu Entorno Tecnológico y Social* (CIECAS, IPN, 2011) y mención honorífica por su serie *Contra los muros del mundo*, en el Concurso Internacional de Fotografía sobre Multiculturalidad: Globalización, Economía y Organizaciones (IPN, 2012).



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012



Fotografía digital, 8 x 10 pulgadas, 2012



Fotografía digital, 8 x 10 pulgadas, 2013





Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2013



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012







Fotografía digital, 8 x 10 pulgadas, 2013





Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012





Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2011

# Nieveø

Lena Abraham

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS/INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS-UNAM

**Y**a no recuerdo si todo comenzó de la noche a la mañana o más bien fue un proceso lento, a hurtadillas, sólo que nosotros tardamos en darnos cuenta. El caso es que algún día empezamos a notar un polvito blanco en la tapa de un yogurt recién sacado del refrigerador, unos corpúsculos níveos, inofensivos, inodoros, impolutos. Después apareció en el bote del queso parmesano, en un *tupper*, fue manifestándose en una gran variedad de productos de nuestra nevera (ni tan variada, porque nuestra dieta no lo era realmente). Parecía sal o azúcar nevada, claro, alguien había colocado un recipiente con bicarbonato en el refri para absorber los malos olores, era evidente. ¿O no serían los complejos multivitamínicos que consumía Jesús? Yo sabía que él enriquecía su comida con esos preparados. ¿Pero en forma de polvo blanco? En fin, al principio cualquier explicación nos parecía lógica, coherente. Sí, obvio, bicarbonato, las vitaminas de Chucho. Solamente que, aunque somos un hogar bastante pulcro, ninguno de nosotros se había molestado en combatir los acres aromas a cebolla que desde hacía un tiempo se esparcían en la nevera. Resultó que Jesús prefería los suplementos en la presentación de higiénicas cápsulas que no dejaban rastro alguno. Y el polvillo no dejaba de presentarse, sutilmente, en los frascos y vasijas que extraíamos del frigorífico; una cubierta tenue e inocua, pero constante. Realmente parecía maleable. Nunca se aferraba, se desprendía fácilmente de cualquier superficie. Para al poco tiempo hacer su reaparición en otro lado.

Ya nos habíamos resignado a tolerar la presencia de esa sustancia en el espacio bien delimitado del refrigerador, cuando advertimos una fina película en uno de los anaqueles de la alacena, delgadísima, pero innegable. El mismo polvo blanco surgido como de la nada daba la impresión de estarnos esperando ahí con esta paciencia tan impecablemente nívea pero perseverante.

De repente, también en el brazo del sillón. ¿Alguien había apoyado ahí una taza? ¿Un plato con las sobras del pastel de cumpleaños de Albert guardado en la nevera? Al cabo de un tiempo ya era imposible engañarnos con estas explicaciones simplonas, concluyentes hasta cierto grado para la cocina y los objetos extraídos de ella, que de ningún modo esclarecen todo lo que vino después.

El desconcierto empezó cuando un día, en uno de esos movimientos tan cotidianos repetidos un sinnúmero de veces sin percance alguno, al colgar el abrigo en el perchero, una tarde lluviosa que regresé de la calle, pasé los dedos de la tela húmeda al gancho

**Lena Abraham** (Bremen, Alemania, 1982). Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Estudió Traducción y Mediación Lingüística de las Lenguas Española y Alemana en un programa conjunto del Instituto Superior de Estudios Lingüísticos y Traducción (Sevilla) y la Universidad de Córdoba. Actualmente está por concluir la maestría en Letras (Literatura Comparada) en la UNAM. Colabora en el portal electrónico del Posgrado en Letras, Campo de Conocimiento en Literatura Comparada de la UNAM. Ha impartido cursos de alemán como lengua extranjera, didáctica de la cultura y traducción en el Curso de Formación de Profesores de Lenguas-Culturas del CELE/UNAM. Es traductora del español al alemán y viceversa.

de madera a fin de asegurarme de que hubiera recibido bien la prenda que le acababa de encomendar y percibí en mis yemas la misma levísima pátina blanquecina. En este momento reparé en lo inverosímiles que habían sido nuestras conjeturas acerca del origen de este polvillo. Su textura se asemejaba a la del bicarbonato, pero era mucho más fina, más delicada, de una composición indecible, no producía ninguna percepción sensorial precisa. Tenía algo de incierto, inofensivo y a la vez extrañamente inquietante.

De ahí las cosas se fueron precipitando, aunque sin acelerarse, puesto que todo seguía impregnado por aquella inexplicable sensación de suavísima y silenciosa lentitud. Y nuevamente nos acostumbramos a convivir con esta blancura que —sedosa y sigilosa— comenzaba a cubrirnos. Aprendimos a enjuagar copas y vasos antes de servirnos cualquier bebida. Cuando leíamos, se nos hizo costumbre soplarle a la página en el instante exacto de darle vuelta para hacer visible la tinta negra que quedaba opacada por el delgado recubrimiento néveo. En las noches, escrutábamos con serena mirada los lechos antes de acostarnos. Primero las colchas y almohadas, con el paso del tiempo también las sábanas. El truco de guarecer la ropa de cama en bolsas herméticas durante el día resultó tan ingenuo como inútil. A veces, al deslizar el cierre de la funda plástica ya asomaban las primeras partículas blancas entre los dientes de la cremallera. A más tardar al extraer las cobijas y sacudirlas se desprendía de ellas una pequeña nube de minúsculos copos, que tras haber sido transportados hacia lo alto por el impulso del zarandeo descendían en silencio, meciéndose suavemente como las escamas de jabón insoluble en una bola de nieve.

Nieva. He ahí lo que nos sucedía. Nos nevaba, ya no podíamos seguir negándolo. Un día, el último vistazo en el espejo antes de salir. Algo extraño tenía el suéter. Ahí estaban, en el hombro, como acurrucándose en el terso tejido de lana, los mismos copos diminutos. Nunca nos pusimos de acuerdo al respecto, quizás se debió a un vano intento de purificación, pero cada quien se sometía a puntillosos registros y abluciones frecuentes. La mirada baja con la que alguien salía de su recámara nos indicaba el porqué del nuevo cambio de ropa. Los intervalos se fueron acortando de tal modo que resultó imposible mantener esta rutina de aseo meticuloso. Sobre todo cuando ya no afectaba únicamente nuestra vestimenta.

Una noche, absorta en la lectura, inclinada sobre el libro a fin de captar los pálidos



De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012

rayos de luz de la lámpara de escritorio, cambié la mano que apoyaba la cabeza y del pliegue de mi cuello se soltó una vaporosa nevada, bailó por unos instantes en el haz luminoso formando mansos remolinos antes de descender sobre la hoja. Después la sutil nube alba se levantaba cuando pasaba la mano por el antebrazo, atendiendo un ligero cosquilleo. En algún momento ya no pude distinguir si el aspecto cano de mi cabeza se debía a un envejecimiento prematuro o a la perpetua película nívea que desde hacía una eternidad, sentíamos, lo recubría todo. Envolvía todo, formando una capa que tragaba todos los ruidos, entregándonos a un silencio ensordecedor.

Nuevamente no sabría decir si fue un cambio brusco o paulatino. Ya no nos nieva. El departamento ya no se ve afectado por el simple polvo blanco, nuestra ropa ha recobrado una higiénica pulcritud, rayando incluso en lo estéril. Solamente el silencio permaneció. La inquietante suavidad. Sabíamos que se trataba de una tregua engañosa.

Una mañana dejé escurrir los últimos hilos de agua entre los dedos, retiré las manos de la cara recién lavada, alcé la cabeza y me miré en el espejo de baño. En el reflejo de mi rostro todavía húmedo advertí un movimiento casi imperceptible, quieto, una cortina ligeramente ondulante de ínfimos corpúsculos que se resbalaban por mis mejillas. Parecía iniciarse en la frente, pasar por las sienes, el filo de la nariz, hasta llegar al mentón y seguir su descenso por el cuello. Muda, me quedé observando este espectáculo que me ofrecía el cristal. De pronto mi mirada se clavó en la esclerótica, perfectamente diáfana; también ahí el mismo meneo níveo, el deslizarse lento, indoloro y silencioso, pero imperturbable.

Desde hace un tiempo ya no es necesario recurrir a la imagen que el espejo me revela de mi semblante, mis ojos. Es una sensación indecible pero inequívoca.

Nievo. **P**



# Lucía

María del Carmen Martínez López

ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA-UNAM/UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Su cabello crece desmesuradamente. Contrario a experiencias pasadas, descarta cualquier tipo de efecto visual, no es una sombra o la cola de un animal; crece, y lo hace rápidamente. Lo observa rebasar el nivel de su hombro y comienza a considerar las posibilidades de que la estática cargada en su cabeza haya sobrepasado el nivel normal desatando una reacción inusual en su cuero cabelludo. Sospechaba del suéter tejido por la abuela, de alguna forma se veía... “sobrecargable”. Eso, aunado al hecho de quitárselo en medio de la noche, debería ser una combinación peligrosa. Aquellas noches invernales solía dormir largo tiempo cuando las acompañaba de un suéter, pero últimamente, con el nuevo colchón, se levanta a mitad de la noche de malas y acalorada.

Recargada de espaldas contra la cabecera lo ve arremolinarse en sus manos, desenrollarse hasta las rodillas y cruzar inalterable por encima de los dedos de los pies. Sin hacer mueca alguna, le mira sobrepasar el límite de su cama. Intenta recogerlo antes de que toque el piso, se avienta sobre él y lo junta con ayuda de cada extremidad disponible en la medida que la elasticidad se lo permite. Debido a los años de práctica asistiendo a variadas celebraciones de sus coetáneos, tiene la dinámica dominada. Lleva el récord de mayor número de dulces recolectados en una posada. Aun así, el cabello escapa: crece hasta desbordarse de los brazos de Lucía y luego crece un poco más.

Panza abajo sigue la pesada trayectoria de los remolinos negros. Ve la cara de terror en una de sus muñecas, aquellos ojos de vidrio se clavan suplicantes en los suyos. Juanita Pérez tiene fama de angustiarse con faci-

lidad: cuando la pequeña duerme fuera de casa, invariablemente corre una discreta lágrima por sus chapas coloradas. Lleva años en la familia; heredada de su madre, siempre ha tenido un lugar privilegiado sobre el baúl. Sin embargo, en esta ocasión no es la única consagrada... desde el mueble de enfrente, todo tipo de figuras se asoman temerosas a través del borde azulado de madera. Grandes “pescadores de salmón” con afelpado hocico, revestidos de temas hollywoodenses, diversos “perseguidores de carros” y ciertos felinos tanto salvajes como domesticados se alían e idean un plan para protegerse del invasor rastrero. Consiguen apilar a los pequeños formando una especie de trinchera. Algunos la detienen, el resto planea una táctica ofensiva. Sedosa e implacable avanza la cabellera rodeando la afortunada barrera, al tiempo en que los atacantes se lanzan sobre los pliegues de queratina siendo arrastrados lejos de las “Tierras del Baúl”. A la cabeza, un ninja de felpa domina una sección de caireles y los encamina hacia un nuevo destino.

Del otro lado del cuarto se vivía la batalla de forma distinta. Cual tsunami se aproxima la cabellera al escritorio. Una sombra gigantesca es augurio de desastre para un joven vaso cristalino lleno de agua que había entablado amistad con los cuadernos de Lucía. Éstos se despiden cortésmente del novato; bien saben: un cuaderno mojado es inservible y serían despachados en poco tiempo. Han despedido así a otros compañeros. El golpe de la sombra arrasa con un estuche mal cerrado sobre el escritorio provocando la grave lesión de un par de colores y la valiente respuesta de unas tijeras todavía en recuperación de la última “Batalla de Pegamento” en

**María del Carmen Martínez López** (Ciudad de México, 1993). Estudia el curso propedéutico en Piano en la Escuela Nacional de Música de la UNAM y la licenciatura en Comunicación en la Universidad Iberoamericana. En 2011 obtuvo el primer premio en el Concurso de Ensayos sobre el Bicentenario de la Independencia, Colegio Guadalupe. Ha colaborado en revistas como *Sinergia* y *La Revista de Chulavista*. En 2013 tomó un taller de creación literaria en el Claustro de Sor Juana.

la escuela. El vaso rueda sobre los cuadernos hasta el borde del mueble donde es arrinconado por una “ola ascendente”. Vacío, sin agua, mas no por haber inflamado las hojas de los cuadernos con su contenido... Sobre aquella “ola ascendente” va el osito ninja mojado. Tan sólo cae una gota dentro del triángulo que Lucía trazó para su clase de matemáticas. Más de un suspiro de alivio se deja salir, incluyendo el de la niña que observa desde la lejanía.

Aparentemente sin esfuerzo, el desordenado cabello llega a las paredes de la habitación. Abriéndose camino con destreza de enredadera, avanza torcidamente, recorre cada recoveco hasta toparse con el techo, de donde cae lentamente imitando la firme picada de una cascada.

Pronto desaparece la recámara para convertirse en una especie de selva negra. Entre los cabellos consiguen colarse un par de rayos de luz, pocos, considerando el reciente despunte del sol. Afortunadamente, los temores de Lucía “van más allá del miedo a la oscuridad” y transforma aquella lúgubre inmensidad en un mundo mágico lleno de lugares inexplorados. No tarda en colgarse de los resistentes mechones cual si fueran lianas y desplazarse de claro en claro con sorprendente agilidad. Como era de suponerse, de tantas idas y venidas, hace de su negra cabellera un nudo gigantesco.

—¡Auch! —dice la pequeña, obedeciendo aquella vieja costumbre de empática procedencia, pues no siente dolor; al contrario, visualiza en aquella masa informe una montaña cuyo pico oculta un misterio que espera ser develado. Corre ayudándose de piernas y manos, la mirada fija en su próximo objetivo. Salta, brinca con

desatino, pues de tan precipitado actuar cae enredándose en sus rizos. Sin embargo, pese a las condiciones, encontró aquella “cama de pelo” muy comfortable; acaso más que el nuevo colchón.

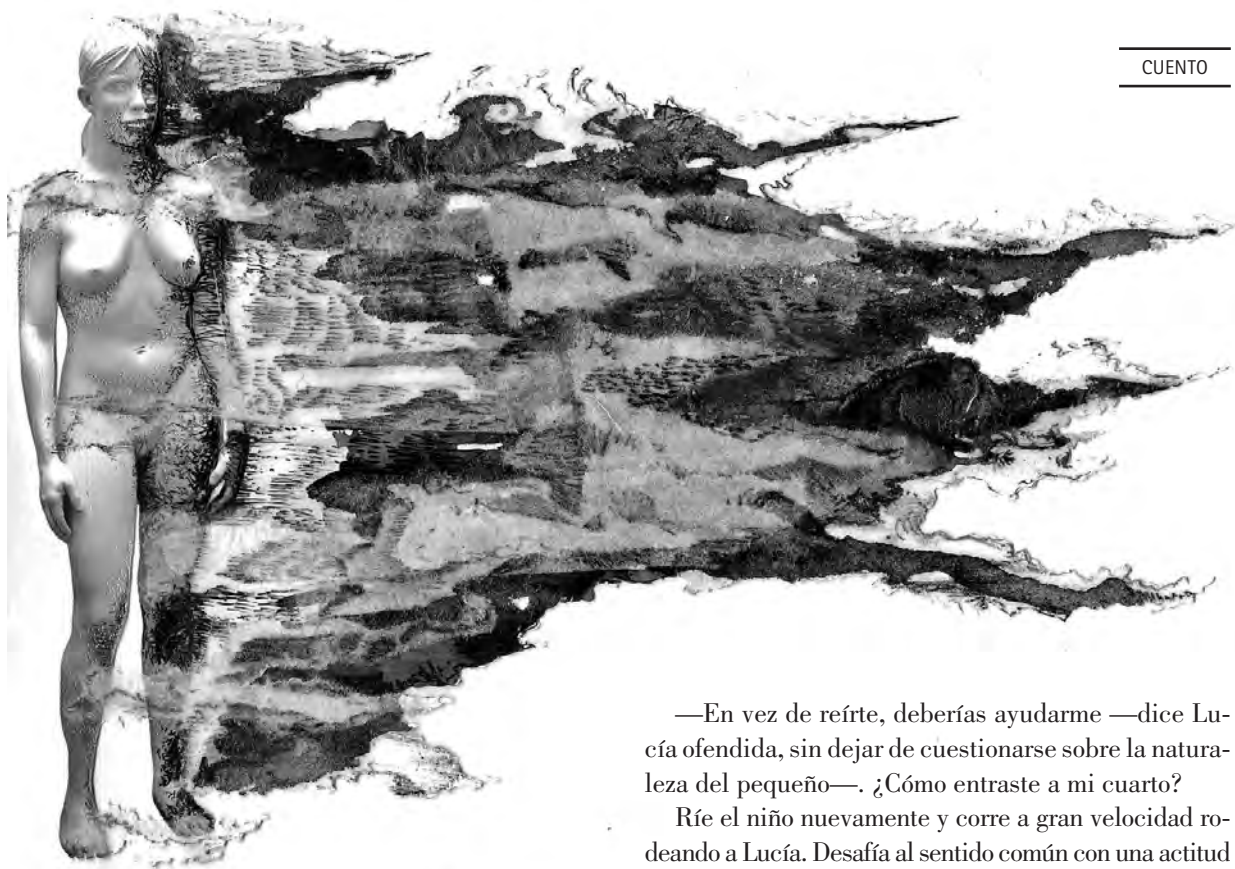
—Ese colchón tiene tabiques en vez de resortes. Quizá ahí está la clave, quizá en vez de plumas de pato o de ganso, las almohadas deberían rellenarse de cabello... quizá —de pronto recuerda a su maestra contándoles aquellas costumbres de la Segunda Guerra: hombres transformados en cojines y jabón. —Quizá no —reflexiona—. Me agrada esa palabra: quizá.

Agotada, decide relajarse en vez de forcejear y, tranquilamente, pensar en una salida de semejante embrollo. A lo lejos ve sus puntas rompiendo contra el nudo montañoso. Desvían su curso como el que se estampa en un vidrio y continúa hacia otro rumbo esperando haber pasado inadvertido. Una figura pachoncita y con chacos llega rodando adelante y se posiciona del mando. Lleva amarrado al brazo otros extremos de la cabellera. Tomando postura de aguja, comienza a colarse entre las estructuras de cabello ya formadas haciendo una especie de tejido. El paisaje se va transformando: valles con textura de bufanda, montañas más parecidas a una bola de estambre. Sin embargo, predomina la enredada selva negra.

—Quizá, quizá, quizá...—repite mientras observa al viejo peluche sin acabar de comprender sus hazañas. Siempre presente, siempre de lejos.

—Hola —resuena una potente voz cerca de ella.

—¿Hola? —piensa—. ¿Vendrá de la calle? ¿Estaré cerca de la ventana? Sería alguien con voz de corneta saludando a un conocido que se topó en el camino. Quizá me estén buscando. ¿Iré? Aunque a estas horas la



De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/  
papel recortado, medidas variables, 2010-2012

gente duerme, como papá y mamá. ¿Habrán despertado ya? Seguro escuché mal... quizá imagino cosas.

Llega a su memoria la cara de Rodrigo. Lo imagina quejándose de sus elucubraciones, siempre acompañadas de un “quizá”. Él acostumbraba emplear esa palabra pero dejó de usarla cuando Lucía se la apropió.

—Hola, aquí abajo —vuelve a escuchar.

Mueve la cabeza con ahínco buscando cualquier tipo de anomalía a la altura de los pies. Después de la caída ha quedado un poco desorientada; existe la posibilidad de que sus pies no se encuentren abajo, sino ¿...arriba?

—No, tu otro abajo —la voz, más definida, podría compararse con una infantil.

Esta vez poco a poco, desconfiando de lo inusual del origen del hablante, levanta la cabeza y lo ve. Es un niño, o eso parecía. Lo ve con dificultad a través de los cabellos que están en torno a ella.

—¿Quién eres tú? —pregunta Lucía.

—¡Mírate! —ríe el niño—. Estás toda enredada.

—En vez de reírte, deberías ayudarme —dice Lucía ofendida, sin dejar de cuestionarse sobre la naturaleza del pequeño—. ¿Cómo entraste a mi cuarto?

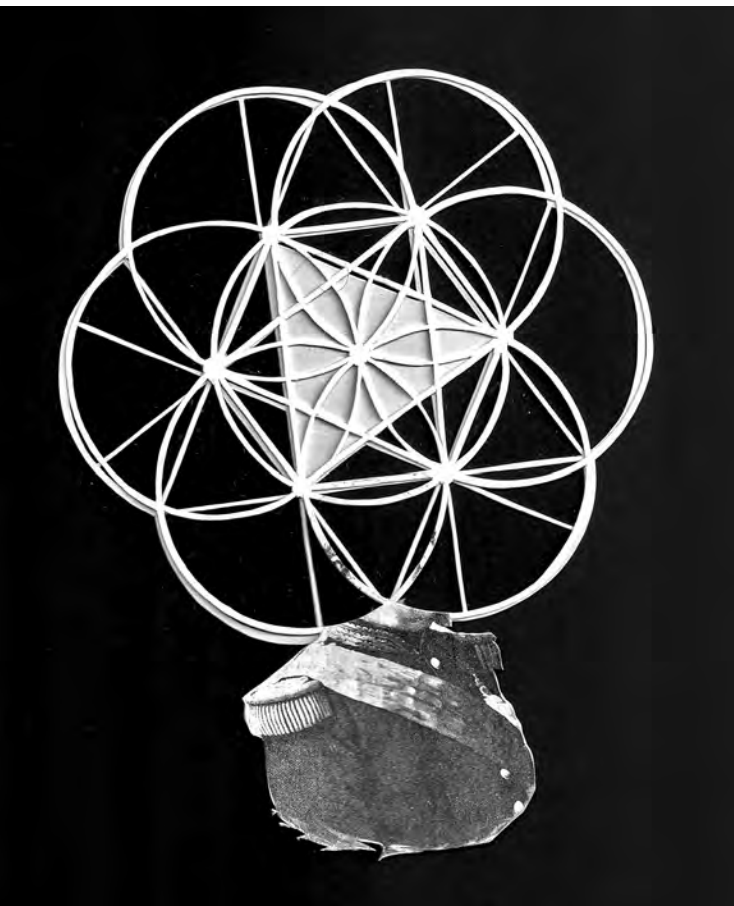
Ríe el niño nuevamente y corre a gran velocidad rodeando a Lucía. Desafía al sentido común con una actitud omnipresente, se comporta cual ráfaga de aire colándose entre los espacios. A su paso, roza los cabellos con la mano produciendo un sonido agradable, pero irreconocible. Jamás, en sus años de vida, ha escuchado semejante combinación de acordes. Un despliegue de armónicos la envuelve despertando gran curiosidad en ella.

—Enséñame, vamos, ¿cómo lo haces?—, insiste la pequeña.

—No puedes siquiera moverte desde ahí —se burla el pequeño desconocido.

—Ése no es problema —en cuestión de segundos se deshace de las amarraderas que comenzaban a dormirse el brazo.

Está lejos del suelo, lo presiente... A decir verdad, desconoce su paradero exacto. Jamás creyó que su cuarto podía ser un lugar tan grande. Por eso, con cuidado de no volver a caer, se levanta despacio ayudándose de cualquier bucle vecino. Venciendo el primer impedimento, trata de imitar al niño jalando y percutiendo los rizos con sus manos, pero de ellos no sale ningún sonido; todo lo contrario, se ondula cambiando de posición o bien se le atorán los dedos. Extrañada, lo busca con la mirada e intenta deducir su técnica.



De la serie *Arquetipos del poder II (Notaciones)*, collage/papel recortado, medidas variables, 2014

— ¿Dónde estás? —su pregunta se pierde entre la confusión de los bucles.

Con la luz tan tenue y la cantidad de cabello alrededor, ve con mucha dificultad. A cada sombra o movimiento que da indicios de su andar veloz, estira las manos y procura tirar de su brazo. Tal pareciera ninfa que se transforma en árbol cuando se le persigue, pues intento tras intento se queda tan sólo con un mechón entre los dedos. Ante el fracaso, se empeña en encontrar un método eficaz: aguza el oído y sigue el rastro musical que deja el pequeño a su paso.

—Aquí estás —dice mientras abre un hueco frente a ella como si fuese una cortina, pero el niño ha desapa-

recido. —¿Cómo es posible? —las cuerdas siguen vibrando libres de cualquier acción humana.

—¡Me has encontrado! —exclama la voz del niño—. Es mi turno de atraparte, ¡corre!

—No, espera, ¿por qué no te veo? —Lucía deja escapar un tono desconcertante.

—Para verme debes dejar de imaginarme como una persona —la voz continúa sufriendo leves alteraciones, ya no se asemeja a la de un infante. —Debes concentrarte, dejar volar tu imaginación como hace rato, como lo has hecho tantas otras veces.

—“...tantas otras veces” —repite en su cabeza. —¿Qué querrá decir con eso?

Sin decir palabra, se sienta con cuidado en una zona aparentemente estable, cierra los ojos y concentra su atención en aquel oscilamiento de cuerdas.

—Puedo verte —asevera Lucía.

—Entonces, abre los ojos.

Un ente de lóbrego aspecto yace frente a Lucía. Únicamente un par de trémolos cabellos los separan. Fluctuando éstos en una frecuencia de ritmo tan baja como la intensidad de luz, revela circundante una cara distinta según la sincronía del anárquico vaivén entre los negros bucles. Grandes personajes de épocas inmemoriales se despliegan cual libro de historia universal: de Menuhin a Anne Sophie Mutter, de Aristóteles a Hugh Everett. Uno a uno se reflejan en el iris de Lucía, quien fría se mantiene atenta a la lección.

Es ahora que sus pupilas se dilatan. Pegajosas gotas de sudor resbalan de su frente. Lucía empalidece. Las lecciones de historia han concluido. La cara del ente ya no cambia, se ha transformado en alguien familiar. Conoce su mirada, sus manos rosadas, su cabello... cabello tan negro y abundante como el que los rodea. No cabe duda, ésa es su sonrisa, dichosa mueca llena de complicidad acostumbrada a emerger con cada galleta saqueada del tarro en la cocina, con cada inocente mentira. Ése es su lunar de la suerte, mancha pequeña a la altura de las cejas, marca de nacimiento como característica de unicidad. Sí, la conoce, y es por eso que no puede permanecer más tiempo frente a ella misma. Retrocede con la mirada siempre fija en el ente atroz. Constante e *in crescendo* repiquetea su corazón, le impide



tragar saliva. Corre de regreso a su cama, al colchón de tabiques, a las tijeras valerosas.

Sabe que es perseguida: música, música en todas partes, acordes funestos, armónicos sobrepuestos. ELLA, una sinfonía de gritos, hilos de plata rasgados con cuchillos. Lucía avanza torpemente, rueda por aquella montaña de pelos, usa cual liana sus cabellos, corre por los valles entretejidos y llega finalmente al suelo. Ahí están. Conservan la brillantina y el pegamento de la batalla escolar. —Servirán, cortarán —piensa Lucía. —Allí están.

Lágrimas, sus manos llenas de lágrimas. Lágrimas de rechazo, de renuncia, de arrepentimiento. Lágrimas de una niña cuyos temores “van más allá del miedo a la oscuridad”.

Corre sin fijarse cómo ni por dónde. Cree que al cortar de raíz aquella pesadilla todo regresará a la normalidad. Tan cerca, cada vez más cerca, pero nunca las alcanzará. Al lado de ella se alzan enormes esculturas afelpadas. Las había ignorado completamente en su afán de llegar a la meta. Sin embargo, siguen creciendo. Primero el cabello, ahora ellos. Reconoce sus hocicos y vestimenta hollywoodense. Ve a Juanita Pérez, con su acostumbrada lágrima en la mejilla, ve a sus perros, a sus gatitos de peluche, sólo falta uno. Una mano gigante la sujeta, es él, su osito ninja. Puede ver en sus ojos de plástico que es una despedida. Lo lanza a lo alto perdiéndose como resonante esfera en la profundidad de los desordenados bucles.

—No es tan difícil, Lucy —Lucía puede verse a sí misma. Aquella escena pasó la mañana anterior. Su hermano, fanático de la física y las matemáticas, intenta explicarle una teoría, el nuevo objeto de sus delirios.

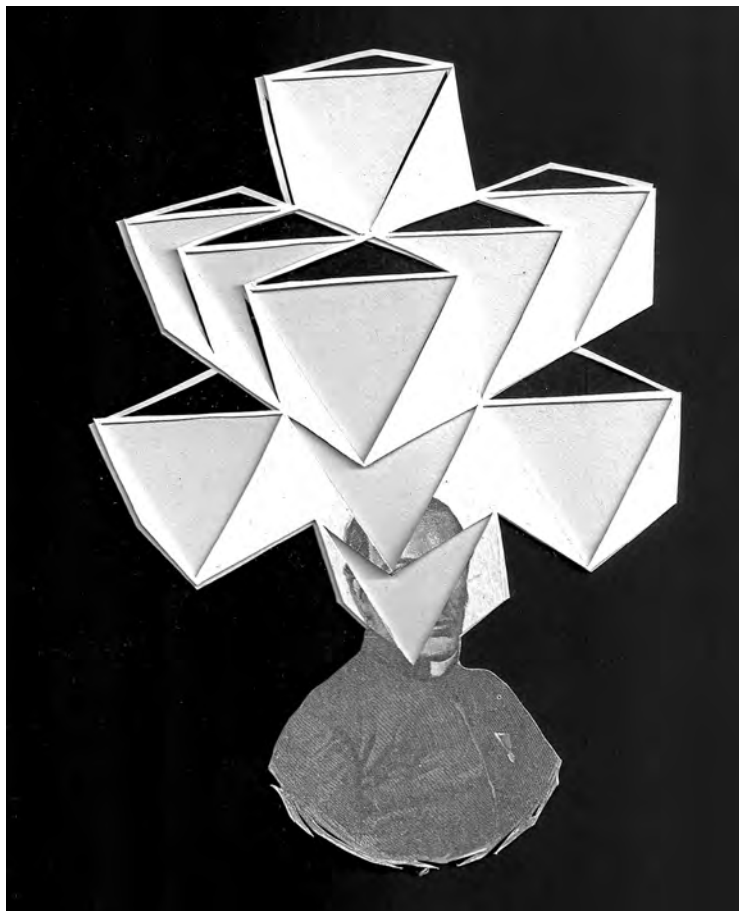
—Imagina una cuerda —dice Rodrigo, el mayor y único hermano, mientras le arranca un cabello. Pese a su reacción quejumbrosa no impide que continúe con su explicación. Sosteniéndolo de cada extremo, lo mueve lentamente. —Vibra, lo hace en doce dimensiones diferentes. Se ve como esferas en el microscopio. De lejos, es como un cuerpo para nosotros, con masa. La partícula que forma depende de la forma en que vibre, ¿entiendes?

—Creo... — ¿Qué tanto entendió? Ni Lucía podría responder a esa pregunta. Desde ese entonces no pudo

dejar de imaginarse su cabello vibrando y tronando, como cuando se quita el suéter y se llena de electricidad, convirtiéndose en esferas.

—Tranquila, es mecánica cuántica. Como dice Feynman, nadie la entiende verdaderamente—, afirma, justificando sus propias confusiones. Tal cual reacciona su padre cuando lo arrinconan con preguntas que van más allá de su comprensión.

Lucía es un punto lejano. Los sonidos se intensifican; bien podría decirse, emanan de ella. Es la fuente del sonido que la consume. Tal pareciera un uróboros musical. Se ha convertido en una cuerda vibrante, en el sonido primigenio... **P**



De la serie *Arquetipos del poder II (Notaciones)*, collage/papel recortado, medidas variables, 2014

# Luchas de barrio

Ulises Valderrama Abad

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012

**Ulises Valderrama Abad** (Ciudad de México, 1986). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha participado en distintas exposiciones fotográficas en México (2004-2013), Cuba (2008), España (2012) y Alemania (2012). Ha colaborado en el *Diario Monitor* y el periódico *La Tilapia* —del cual es coeditor—, y es miembro del colectivo Foto en Movimiento. Desde 2006 lleva el blog de fotografía *Y... ¿ahora qué?* <<http://onafet.blogspot.mx>>.



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012





Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2013



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012





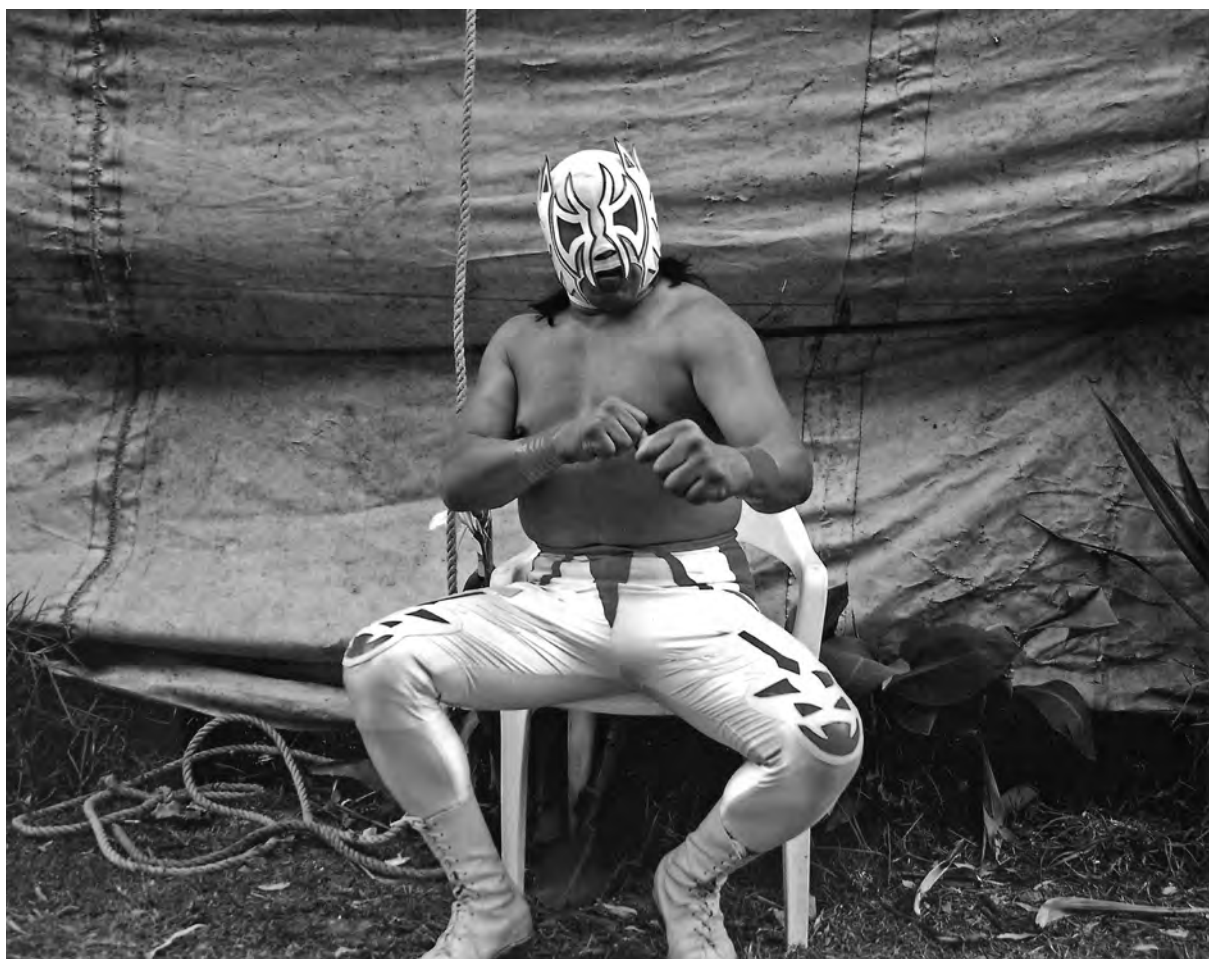




Fotografía digital, 8 x 10 pulgadas, 2014



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012



Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012





Fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012

# Cacerías y fraudes vulgares

José P. Serrato

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, PLANTEL SAN LORENZO TEZONCO

*¿Qué montaña dejó de ser pisada  
de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa  
no fue de nuestra caza fatigada?*

Garcilaso de la Vega

*¿Templarte supo, di, bárbara mano  
al insultar los aires? Yo lo dudo,  
que al preciosamente Inca desnudo  
y al de plumas vestido Mejicano,  
fraude vulgar, no industria generosa,  
del águila les dio a la mariposa.*

Luis de Góngora y Argote

Las cacerías son uno de los retratos del ingenio de los seres humanos. Análogamente al aforismo de Chesterton,<sup>1</sup> ser tan inteligente para obtener una presa casi inalcanzable significa que se es lo bastante idiota como para deseársela. El deseo de los cazadores se ha vertido sobre diversos animales, desde fieras desconocidas hasta las comunes moscas. Comencemos por estas últimas.

Ese frágil insecto es un elemento indispensable para la conformación moral —“eres un mosquita muerta”—, y en esa medida tiene una función de moraleja. Bonifaz Nuño, en su conocido poema “Qué fácil sería para esta mosca...”, ejemplifica ese espejo moral que es la mosca y lo significativa que puede ser su existencia para el cuestionamiento del sentido de la vida.

<sup>1</sup> “Ser tan inteligente como para obtener ese dinero significa que se es lo bastante idiota como para deseárselo.” K. G. Chesterton, *Aforismos*, México, Verdehalago, 2008.

La cacería de las moscas resulta en una búsqueda de sentido. Para cazarlas se utiliza caca de perro sobre la cual se reunirán varias moscas en el simposio habitual; luego, con una bolsa de plástico abierta, se atraparán los insectos silenciosa y discretamente. La bolsa debe ser transparente y bajar con la apertura hacia abajo a la manera de un globo aerostático cuando aterriza. Se volverá la bolsa, entonces, una gran boca de sapo, y con poco esfuerzo se obtendrá de un solo tirón unas diez moscas rechonchas e hinchadas de miasmas que intentarán liberarse en vano subiendo al fondo de polipropileno. La cacería, sin embargo, no termina en esto.

Ahora es necesario poner atención al zumbido de las moscas. Basta con colocar el oído contra la superficie de plástico y abandonarse por unos minutos al zumbir de los insectos para percibir las agonías y conocer las hecatombes ridículas del encierro. Luego, para alguien que no lleva sus frustraciones al extremo, es indispensable la libertad de las moscas. Conozco un par de casos de oligofrenia destacada al respecto: Samuel, un antiguo compañero de escuela, amarraba cabellos muy finos alrededor de los blandengues cuellos y las obligaba a volar; y el personaje de la anciana en un cuento de Miguel Castoriadis, que juntaba moscas para dárselas machacadas a su hijo cuarentón revueltas con la sopa de fideos.

Alejándonos de tales impropiedades y faltas de respeto a la dignidad que supone o a la que aspira la mosca, esta cacería se puede considerar un arte de la contemplación (recordemos las cantidades exageradas de películas donde karatecas cazan moscas con palillos chinos). Aquel que caza moscas seguramente persigue el nivel de un



De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012

consumado budista de la oreja, un gran meditador de los zumbidos, pero eso, seguramente, no le garantizará encontrar la salida.

Quizás escribir sobre moscas es ya comenzar a cazarlas. De manera muy parecida sucede con las aves. Escribir sobre las aves es un ejercicio más de cetrería: la pluma es el ave rapaz. De David Wagoner —que escribió sobre Alexander Wilson, el mítico autor de *Ornitología americana*— no nos parece extraña su actividad como poeta y como cazador de aves. Mucho menos la del pintor Robert Hairnard, que escalaba los Alpes con el propósito de inspirarse armado no con un pincel, sino con un arco y redes a la espalda.

El poema, según Czeslaw Milosz, es superior a la pintura porque puede contener una secuencia de movi-

mientos.<sup>2</sup> Sin embargo, por la misma razón, la cacería efectuada en la pintura es, en comparación con la que perpetra la escritura, mucho más contundente. La segunda parece permitir un ápice de vida en el animal cazado. Wallace Stevens lo sabía, pero no podía impedir que el mirlo siguiera moviendo el ojo en su poema: “Entre veinte montañas nevadas, / lo único que se movía / era el ojo del mirlo.”<sup>3</sup>

La cacería de aves es quizás la más exigente en agudeza; además, la más contrastante para el ser humano.

<sup>2</sup> Czeslaw Milosz, *A book of luminous things*, Estados Unidos, Harcourt Brace & Company, 1998.

<sup>3</sup> Among twenty snowy mountains, / The only moving thing / Was the eye of the blackbird.

**José P. Serrato** (Ciudad de México, 1987). Estudió Derecho en la UNAM. Ha publicado ensayo, traducción, cuento y poesía en *Gavia*, *L'Ordinaire*, *Círculo de poesía*, *Sorbo de letras*, *Palabrijes*, entre otras. Actualmente es becario del FONCA y estudia la carrera de Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Piedra de camino, impedido para el vuelo, el *homo sapiens sapiens* pretende señorear el cielo y caza sus frustraciones en incursiones aéreas. Hay un logro mayor —o al menos ésa es la creencia— en la caza de las aves frente a la de grandes bestias. Enfrentarse a un toro exige teatralidad. La pericia del novillero se mide por la ventaja frente al toro que muestra al público y esta ventaja es la cantidad de teatro que puede ofrecer. El torero no tiene posibilidad de hacer exhibiciones de ingenio. Le costaría la vida.

En la cacería de las aves siempre hay ingenio. Garcilaso nos cuenta sobre la caza de lasavecillas, zorzales, tordos y mirlas en la *Égloga Segunda*, donde relata que para estos menesteres se utilizaba una red teñida de verde, luego se turbaba con ruidos la selva y así salían las aves para ser capturadas. Relata también Garcilaso la caza del estornino: se amarraba a la pata un resistente hilo de cáñamo y se le dejaba “libre”; pronto el animal se unía a los de su especie y entre tanto vuelo el hilo comenzaba a enredarlos e impedirles el aleteo, con lo cual caía una parvada entera.

La caza del estornino utiliza a su propia especie como anzuelo. Lo mismo sucede al capturar cornejas: el cazador entierra a una en el suelo. La corneja cautiva comienza a chillar fuertemente y acuden a ella otras más. Para liberarse hará de todo, incluso aprisionar a otras cornejas con sus garras. Las nuevas presas harán a su vez lo mismo y construirán, de esta forma, un amasijo de plumas mucho más vulnerable.

Una cacería que no comparte Garcilaso en sus *Églogas* es la de la corúa oceánica o “sisífica”. La corúa oceánica vive lejos de islas o formaciones rocosas, así que

está condenada a volar permanentemente. Tiene algo de Sísifo: todas las tardes, después de haberse satisfecho con las sardinas que atrapa zambulléndose en el mar, emprende un viaje que dura varias horas. Se remonta verticalmente lo más arriba que sus músculos le permiten; su ímpetu es inquebrantable y logra alturas insólitas. Se sabe que varios vuelos internacionales se han visto entorpecidos por el ascenso de estas aves y su consecuente fallecer entre turbinas.

Cuando la *phalacrocorax sisificca* —como se le conoce a esta ave de impetuoso vuelo— alcanza la altura límite, desmaya, y eso le permite descansar durante la caída. Con las alas abiertas cae dando volteretas a la manera de un plumón ligero o de las hojas de los otoños que no conoce. Inevitablemente entra en un profundo sueño. En ocasiones funestas, orcas y tiburones con suerte las engullen a unos centímetros del agua mientras caen; sin embargo, la gran mayoría despierta para volver a emprender el vuelo vertical en el momento inmediato en que su cuerpo lánguido golpea la superficie.

Un buen cazador —ya sea animal o humano— sabe que capturar a una corúa oceánica implica mantenerse mucho tiempo en la superficie del mar. Hace falta buen tino, suerte y voluntad inquebrantable. La corúa es escasa, es la primera de las dificultades. Uno puede encontrarlas en buenas cantidades sólo arriesgándose mar adentro. La segunda dificultad es que cae en un lugar y momento inesperado, por lo que el cazador debe ser muy cauto, estar alerta. Utilizar redes no es el mejor método, pues las corúas caen con tanta velocidad que las rompen o las traspasan. Se usan cubiles de madera, decenas en la superficie del barco o un par en una lancha. El



cazador de corúas entonces aguarda a que caiga una y, si tiene suerte y cae dentro del cubil, lo cierra rápidamente.

Por lo general, el cazador decide marcharse, asoleado y frustrado. Quienes sí han logrado cazar corúas se dan cuenta de lo contradictorio de su empresa: es insuficiente en tamaño para alimentar a una familia y es poco apetitosa debido a su espantoso sabor, aunque signifique una gran hazaña e indeleble señal de persistencia.

Las aves son los animales más inalcanzables, diminutos para la bala, veloces para la flecha, escurridizos para las manos. Probablemente por ello la idea de la cacería subyace a la idea de las aves. Persiste ante la admiración de las aves un ánimo de persecución. Vemos a algunos impelidos casi de manera inmediata a pensar en la prisión al verlas tan libres y lejanas. Quizás por el mismo motivo Ovidio hable de Filomena como un rui-señor. Hay en el amado o la amada algo que se persigue, una potencia, una posibilidad que nos instiga a procurarlos, algo que no nos pertenece y que exigimos como propiedad común.

Del ave quizás queremos obtener un límite más amplio de libertad. Tocarlas, apresarlas, nos acerca a esos límites. ¿Será acaso que somos unos contemporáneos *basuto* —aquella tribu que devoraba a sus enemigos para obtener sus poderes?<sup>4</sup> ¿Será que tomando como trofeos a tantos animales nos otorgamos sus dones, o será que es una manera de hacer patente nuestra falaz superioridad?

Aunque no todos los cazadores buscan los grandes trofeos... Cazadores expertos en el arte de escoger a la presa han elegido a los mosquitos. El mosquito es un ser de oscuridad, de secreto. Nace y se alimenta de manera clandestina en las charcas o en el agua abandonada de los tinacos y las cisternas. El zumbido es un cantar de secrecía, un tono de misterio parecen transmitir sus aleteos.

La vela es para ellos el deseo mayor. La iluminación del fuego titilante les produce una fascinación que nos asombra. Se dirigen encandilados y nada hay que les pueda impedir su destrucción en el incendio. Parecida a la fascinación del mosquito es la del amante. Diría Mi-

los: “De ahí las comparaciones del amor como fuego que atrae a los amantes a su destrucción.”

La cacería de mosquitos es cacería de misterio. Con el avance de la tecnología y de la crueldad, un mexicano desarrolló cierta técnica aguzada para la caza de mosquitos: utilizó una lámpara de enormes dimensiones y una red de finos nudos para contener en masa abundante alimento para murciélagos, gekos, ranas y demás bichos de rareza. La lámpara sustituye a la vela; la red, a la crueldad irrevocable del fuego. Su cacería hace uso de la voluntad de iluminación que pervive en el corazón de los mosquitos. El sabio que se quema las pestañas intentando desentrañar el argumento de un libro oscuro tiene mucho en común con el mosquito y el amante que arden por desprenderse de la sombra.

Con todo, no siempre es la luz favorable al cazador. Recordemos la larga lista: chacales, tigres, gatos y murciélagos tienen a la noche como aliada. El humano también la tiene, yo la tuve en algún tiempo cuando cazaba cuijas. Cuando la infancia me tenía las rodillas empolvadas, la abuela encendía la luz y decía regañándonos: “¡deja ese animalito, lo torturas!, ¡¿no ves que ya no tiene resuello?!” Yo obedecía sin cuestionarla, pero por dentro me regodeaba del gusto de ver a las cuijas adormiladas, de sentir en la madrugada que las estrellas caminaban en la sala, salamandras nocturnas de fosforescencia increíble.

¡Y qué tentación desencadenan! ¡Qué emoción por encerrar una luz viva! La abuela agarraba la cubeta con dos o tres cuijas que arrojaba al pie del árbol de mango. Enojada, derrumbaba la cacería que mi hermano y yo ejecutábamos meticulosamente durante buena parte de la madrugada. Las cuijas son sencillas de atrapar. Sólo basta acercarse silencioso con una cubeta y encerrarlas; después se pasa entre la plana pared y la boca de la cubeta una lámina de papel. Así queda hecha la trampa. Aunque hay que tener precauciones: si el cazador es lo suficientemente torpe conservará la tapa sujeta y hará que se mueran de asfixia y se agote el brillo por el cual estuvo tanto tiempo en sigiloso acecho. Un ejemplo de la constante paradoja de la cacería: una tensión entre el ingenio y el desplome de la ética. Quizás, el caso más notable de esta tensión, en relación con el tamaño

<sup>4</sup> James George Frazer, autor de *La rama dorada. Magia y religión*, (México, FCE, 2011) describe algunos casos de antropofagia.



De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012

de la presa —rasgo que acentúa lo diminuto de los exámenes morales—, es la cacería de ballenas.

Las ballenas escogen el lugar en donde parirán a sus crías. Lo escogen por la necesidad de un clima cálido y seguro. Multitudes de crías regresan a ese lugar donde nacieron cuando se han convertido en animales que pueden alcanzar hasta treinta metros de longitud y varias toneladas de peso. La actividad de matar ballenas es longeva y algunos escritores han dado pistas del misterio, entre ellos Herman Melville, que ya nos platicaba de manera hermosa de *Moby Dick* y sus infundadas incomodidades con los arpones (!). La matanza de ballenas se practica hasta hoy con el fin de utilizar su grasa y su carne para activar, pobremente, las actividades económicas del ser humano.

Quienes cazan ballenas entre la fauna marina son las orcas y los tiburones. A excepción de este par, los únicos peligros para las ballenas son las enfermedades y el hombre. ¿Qué diferencia noto entre la caza que practica un tiburón y la que ejecuta un hombre? Sencillo: el tiburón advierte a la ballena de su muerte, le permite acomodar sus emociones ante la desaparición. El hombre es un artífice de la sorpresa.

Orbitalmente a la caza de ballenas está la caza de delfines y la caza misteriosa de sirenas. Existe el mito de que se han capturado ballenas muy inteligentes. Mantenedas en cautiverio, han podido aprender el lenguaje humano en poco tiempo. Los entrenadores lingüísticos se han visto asombrados, pero tanto miedo les despertaban las ballenas, que les daban muerte. Habían dicho frases que podrían arruinar el corazón más duro y empobrecer al poeta más sensible. Además de las ballenas, hay que saberlo, muchas otras especies han hecho entrar en crisis a cazadores experimentados, al punto de la locura. Recuerdo ahora la leyenda de Hailibú, un trampero que era tomado por orate porque, según él, podía escuchar a los animales que cazaba. Esto le confería un gran poder, pues leía sus miedos, escudriñaba sus movimientos y escuchaba sus intenciones. Sueño de todo cazador es tener el mapa total, el gran control de su presa, pero eso no siempre es posible. Hay varias especies indomables, *críticas*, ajenas para siempre de la flecha. Una de ellas es la mítica corza *divisible*.

Desde el siglo XII se tienen registros de corzas indomables que nunca pudieron ser cazadas. Mancio Primo de Rivera, en su *Tratado de animalias de bosque*, las des-

cribe como venados fanáticos de la libertad que escaparon de la Creación antes de entregarles las colas. Era tal la gracia de esos animales que cuando alguno de aquellos arrogantes y antiguos cazadores lanzaba el venablo, la corza se partía en dos o más y escapaba ligera y multiplicada, perdiéndose entre acacias y eucaliptos. Se mencionaba en aquellos siglos que era animal fantasmagórico; que sólo existía porque existía en los hombres la ambición. Sin embargo, cuatro siglos después se comprobó su existencia con nombre latino y toda la serie posible: *capreolus divisibilis*.

También se dijo, en un afán de explicar científicamente el fenómeno de que se vieran tantas corzas al disparo de una flecha, que “en realidad, una corza no iba sola nunca y cuando se le disparaba a cualquiera, salían huyendo sus compañeras de los escondites para confundir al cazador”. Sobre la inexistencia de corzas muertas por los dardos de la nobleza, explicaron que era porque “las otras bestezuelas de su especie, al verlas heridas, expulsaban el filo venenoso de sus cuerpos, y después de masticar hojas de romero, las escupían sobre las heridas salvándolas de la muerte”. Tales descripciones —tanto de los venenos como de los antídotos— fueron expuestas por el griego Dioscórides, recuperadas por el hispano doctor Laguna, y casi completamente recreadas por su compatriota Antonio Gamoneda en el *Libro de los venenos*.

Hoy, siglo XXI, en medio de todo el mito que las reviste, se consideran parte del patrimonio de la biodiversidad mundial, y un grupo de científicos avecindados en una universidad del Tercer Mundo han creado un método muy eficaz para evitar que se extingan y promover su multiplicación: se les dispara con una flecha deportiva.

Nadie puede negar la ingeniosa capacidad de tales científicos, pero ante la creatividad de los cazadores siguen estando en parvulario. Si se tiene a la caza como el arte de la crueldad mezclada con ingenio, la caza es fundamentalmente producto de la observación. En la *Guerra de las Galias*, Julio César relata cómo se abatía a los alces. Aprovechar las debilidades del animal parece quitar cierto componente moralmente sancionable:



De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel

XXVII. Otras fieras hay que se llaman alces, semejantes en la figura y variedad de la piel a los corzos. Verdad es que son algo mayores y carecen de cuerno, y por tener las piernas sin junturas y artejos, ni se tienden para dormir, ni pueden levantarse o valerse, si por algún azar caen en tierra. Los árboles les sirven de albergue, arrímanse a ellos, y así reclinadas un tanto, descansan. Observando los cazadores por las huellas cuál suele ser la guarida, socavan en aquel paraje el tronco, o asierran los árboles con tal arte que parezcan enteros. Cuando vienen a reclinarse en su apoyo acostumbrado, con el propio peso derriban los árboles endebles, y caen juntamente con ellos.

También se presenta en este mismo texto la manera en la que son cazados los uros. Bestias parecidas a toros comunales que se les engañaba con amplios agujeros camuflados. El ingenio siempre ha sido la mayor fuente de cacerías dignas de relatarse. Se sabe que los canadienses han pasado a la historia como los más feroces caza-



recortado, medidas variables, 2010-2012

dores de focas, famosos por teñir amplias extensiones de hielo con sangre. Gozan de tal manera al matar focas que han utilizado instrumentos de lenta agonía: balas de goma, machetes con poco filo. Estos cazadores son condenados por su crueldad y también por su falta de ingenio.

Afortunadamente, no todo cazador es así. Hay quienes conciben la caza de focas como un arte y se vuelven verdaderos creadores, estudiosos de la presa como los grandes criminales. Podrían compararse, por ejemplo, al asesino de Olot<sup>5</sup> por su frialdad, su carencia de emociones y su gran meticulosidad. Para demostrar este

<sup>5</sup> Joan Vila Dilmé, originario de Olot, mató a once ancianos, nueve mujeres y dos hombres, obligándolos a beber sosa cáustica. Al principio sólo se conocían tres casos; posteriormente a las excavaciones, en el asilo donde trabajaba, se descubrieron otros ocho cadáveres, y cuando se le informó de esto a Vila Dilmé, éste sólo dijo: “Sí, yo los maté, y si encuentran otro, seguramente también lo hice, aunque no me acuerdo bien.”

ingenio narro un caso: un grupo de cazadores del norte de México idearon un sistema infalible y por demás curioso y original para cazar a una especie de foca mexicana que vive en las islas rocosas de Baja California: la misteriosa *phocidea penguicuncubitus*. Las hembras alcanzan los dos metros y medio, mientras que entre los machos se han encontrado ejemplares hasta de cuatro metros y más de media tonelada de peso, ejemplares merecedores de despertar los ánimos más despiadados por su tamaño y su ferocidad.

Sus hábitos son muy parecidos a los de otras especies de focas, su alimentación y su longevidad son similares. Sin embargo, ocurre con ellas algo que es realmente curioso: los machos copulan con pingüinos. De hecho, por extraño que parezca, existe una colonia de enfebrecidos pingüinos en relación simbiótica muy cerca del asentamiento de los mamíferos. Los pingüinos se alimentan de los restos de peces que dejan las focas a cambio de ataques sexuales.

Para esta especie de foca, los pingüinos son el motivo de la mayor lujuria. La lubricidad que esas torpes y elegantes aves les provocan, los hace enloquecer mientras combaten entre ellos. Les da igual si son machos o hembras. El pingüino desprende un olor —imperceptible al humano— que los embelesa y no les permite pensar en asunto distinto al coito.

En esa característica de su comportamiento es donde vieron los cazadores mexicanos su ventaja y la oportunidad de mostrar su talento y creatividad. Para las focas, los pingüinos no son fáciles de obtener. Necesitan un gran esfuerzo, un gran despliegue de energía para aislar a alguno de la colonia y llevárselo entre los dientes a la costa, entre la arena o la superficie rocosa, y embestir con fuerza durante varios minutos contra el cuerpo del ave marina. Cuando las focas ven a los cazadores huyen rápidamente, pero cuando tienen un pingüino cerca, a pesar de la presencia de los cazadores, se lanzan en la satisfacción de su libido. En esta circunstancia, el cazador puede disparar un dardo y flechar corazones de focas. Por supuesto, en vías de un ánimo humanitario, se le permite a la foca desahogarse y tener un par de eyaculaciones. El gran defecto de ese método es que ofrece resultados parciales: sólo se cazan machos.



Al parecer, la desviación entre las focas fue acaparada por los machos. Así sucede también con otras especies. “La ternura de los osos” es un ensayo de Armando González Torres en el que se describe, en el contexto de los años sesenta, a los “osos hormigueros”, raboverdes que acudían a los *tabledances* y se apoltronaban en los márgenes de la pista para cazar y literalmente derribar a las bailarinas y lamerles el culo. Tales “osos”, bajo la ruleta de la suerte, pueden recordarnos a los osos tamandúas y al machismo que se desplegó con ellos por lo exótico de sus vulnerables inclinaciones.

El tamandú es una especie de oso hormiguero de tamaño pequeño y de pelaje económico. Lo poco que se conoce de ellos es que viven cerca de rebaños de bovinos, que son nocturnos —rara vez se les ha visto caminar bajo el sol— y que son extremadamente difíciles de cazar. En el siglo XIV, en la región del sur, en lo que ahora es la frontera entre Oaxaca y Guerrero, sólo los cazadores homosexuales podían poseer el permiso para cazar al tamandú. Explico: tal permiso lo concedía la Corona Española a través de un examen de habilidades. El examen —del cual aún no se sabe por completo el contenido— era casi imposible de aprobar, por lo tanto, un cazador de tamandú gozaba de gran prestigio. Algunos triquis y mixtecos y de los recién llegados negros de la Costa Chica se amañaban para poder pasar por homosexuales y cazar a estos animales escurridizos. Pocos lo lograron.

La razón de que sólo los homosexuales pudieran cazar al tamandú era grotesca y absurda: según decía la Corona, ellos “tenían más arraigado el olor a mierda macerada en la memoria del olfato, cualidad necesaria para cazar a un animal acostumbrado a hender su hocico y lengua en las boñigas con el fin de encontrar las ternas más gordas y rellenas”.

Tal idea se derrumbó cuando, en 1654, Francisco León de Zumárraga, junto con otros caballeros nobles y potentados de la aristocracia política, se lanzaron a cazar tamandúas al río conocido ahora como Río Balsas, evidenciando no un talento de caza excepcional, sino un agudo conocimiento del aroma nauseabundo de la mierda.

La cacería del tamandú —se demostró después— fue un pretexto para perseguir a homosexuales, es decir, para permitir la cacería de humanos a manos de otros humanos. Esta actividad sigue vigente, pero menos velada por el ingenio. Asentándome en la tradición de ficciones pienso no sólo en la matanza de humanos a manos de humanos, sino en el hipotético testimonio de la cacería de personas a manos de otras especies:

A partir de 2400, fuimos cazados por especies de primates más avezadas que nosotros. Desde el siglo XVIII ya no era un secreto para la humanidad que los chimpancés y los gorilas poseían capacidades intelectuales muy desarrolladas. Ninguno otorgó importancia —a excepción de unos cuantos científicos e intelectuales sensatos— a los indicios del inminente desarrollo lingüístico de los grandes simios. Nadie advirtió el caos que se avecinaba a pesar del constante sustrato mental cultivado desde la aparición, en 1968, de *The planet of the apes*, encarnando el miedo de los humanos por la pérdida del cetro en la superioridad animal.

Ahora, generaciones enteras somos perseguidos por gorilas *sapiens* y chimpancés *sapiens sapiens*. Somos cazados y se nos busca eliminar por completo de la corteza terrestre. Luchadores sociales de las nuevas especies han protegido a seres humanos: abogan por nuestros derechos y se enfrentan a los dirigentes con el fin de detener la carnicería. Todo ha sido infructuoso. Han desarrollado métodos muy eficaces para atraparnos. El primate posterior, *primate posterioris sapientissimo*, utilizó todas las estrategias de exterminación que usamos entre nosotros y ha sido contundente. Los *homo sapiens decadentis* estamos a punto de la extinción.

La cacería funciona en el caso de los humanos como el fraude vulgar de estar en tierra. Es sorprendente el ingenio de la acechanza, mas su motivo es un crudo cercenar de la propia cabeza. Aquí, en el final de este ensayo sobre las cacerías, me veo atrapado en la *Introducción a las fábulas para animales* de Ángel González: “para que el perro sea más perro y el lobo más traidor, [...] que observe al *homo sapiens*, y que aprenda”. P



# Insectario de retórica (Teoría poética de los insectos)

Lázaro Tello Pedró

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, PLANTEL SAN LORENZO TEZONCO

## El tábano

*A Francisco Trejo*

**E**l tábano se enorgullece por tener este nombre, que goza de la musicalidad de los esdrújulos y zumba como si diera un discurso socrático. Al ver esa costumbre de acosar a la caballería de los reyes, los poetas se designaron a sí mismos como “tábanos” y escribieron vastas sátiras y líneas epigramáticas contra sus monarcas. Se sabe que es costumbre de los tábanos hembras alimentarse de sangre caliente; no sucede así con los machos, cuya predilección es el néctar y el polen virgen de las flores.

El epigramista o tábano debe ser incisivo como un aguijón y procurar en sus poemas la miel de la poesía. La *Enciclopedia Espasa*, en su edición de 1907, documenta una antigua y desaparecida especie de tábano, encapsulado por el tiempo en una rica pieza de ámbar. Inevitablemente pienso en los antiguos epigramistas, griegos, romanos, árabes, que son insuperables. Mi equivocación es latente: puede que entre nosotros haya algún tábano cuya propia miel le sirva para compactarlo en otra esfera de ámbar que lo haga pervivir para el futuro.

## La libélula

*A Luis Flores Romero*

De cuerpo alargado y alas finas como platillos resplandecientes, las libélulas curvan sus pupilas en las márgenes acuáticas. Son las predilectas de entomólogos y poetas, quizá porque alguna vez unieron a la retórica con la entomología y la botánica. El nombre libélula fue acuñado primero en inglés y después en sueco en 1737. El caso que más nos interesa está registrado por la *History Rhetoric* de Sir William Jones: “para minar la pérdida del juicio de nuestros estudiantes, a causa de los angustiosos conceptos que tenían que memorizar, y hartos del modo antiguo de hacerlo, optamos por migrar hacia los insectos. Es así que nos mudamos de la arquitectura, que es un hecho humano, a los élitros y antenas. Se decidió que por la repetición de sus fonemas, la libélula ilustraría a la aliteración”.

**Lázaro Tello Pedró** (Nochixtlán, Oaxaca, 1986). Ha publicado ensayo y poesía en diversas revistas universitarias. Es parte del comité editorial de la revista *Palabrijes, el placer de la lengua*. Forma parte de las antologías *Moebius, poetas nacidos en los 80* (2012) y de la muestra de poesía universitaria de la UACM *Los coleópteros enfebrecidos* (2013). Poemas suyos fueron traducidos para la compilación “25 Mexican poets 30 and under” de la publicación estadounidense *Bigbridge* en 2013.

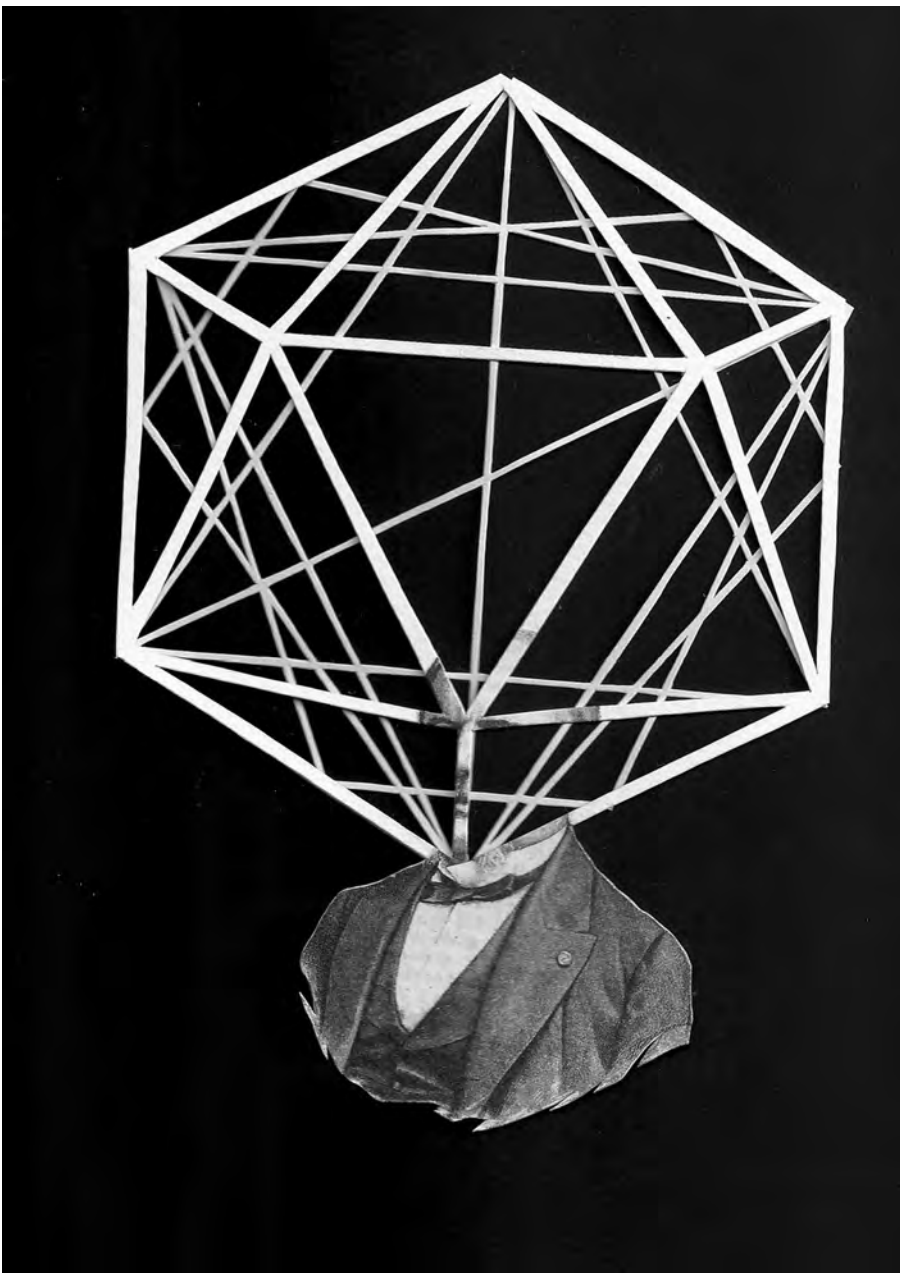
Aquellos estudiantes evocaban a las libélulas, a los tábanos, a las mariposas y demás insectos en sus pruebas de retórica y poética. Sin embargo, luego de descubrir que el olor es mejor fijador de recuerdos, se decidió mudar hacia las flores. En capítulos siguientes del mismo libro se lee: “[...] la rosa es la metáfora; el jazmín, la hipálage; el lirio, la aliteración, porque sabemos que el olfato es superior como guardián de la memoria”.

Aquí caigo en cuenta de que la escritura de los poemas venideros es una evocación de aquellas lejanas clases. Los poetas recuerdan sus instrumentos de trabajo en las flores, pero sucede que algún vidente va más allá: salta la memoria tenaz del olfato y regresa al original mundo de los insectos.

### **Mantis religiosa**

Encargados de encontrar nuevos mecanismos de tortura, los inventores al servicio de la Inquisición vieron en las mantis todo tipo de soluciones: unas tenazas que funcionan como rápida estocada, unas piernas fuertes y poseedoras del impulso de la catapulta, unas mandíbulas para triturar la carne. En el patíbulo, el verdugo cambió el anticuado látigo por la polea giratoria; el alfanje, por la cuchilla vertical; la común horca, por el aro de hierro dividido y unido por dos goznes: esfera que comprimía los cuerpos en un severo capullo.

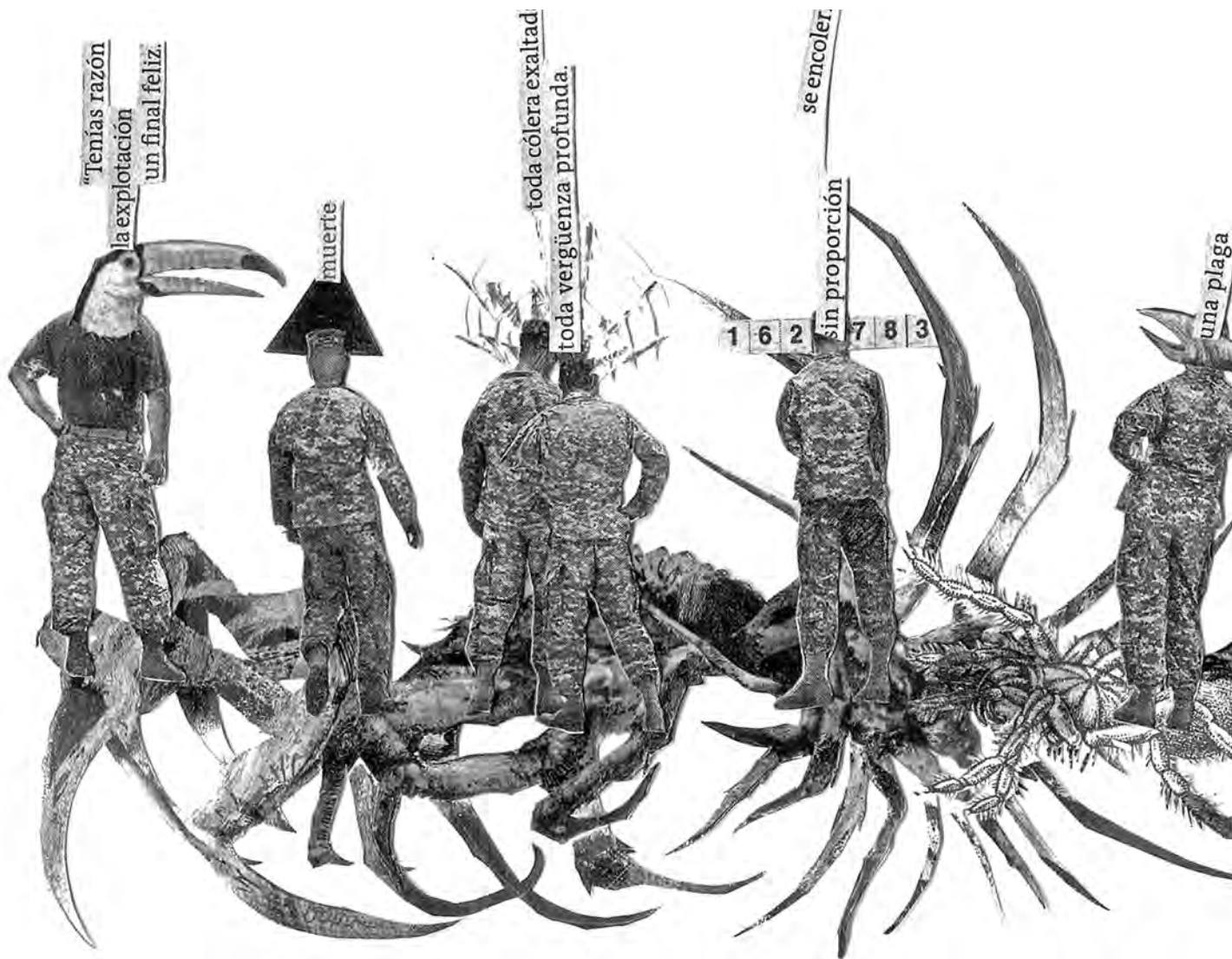
Sin embargo, la culpa por la ejecución crecía obscurantista en el alma de los verdugos. Uno de ellos, cuyo nombre me he reservado de pronunciarlo aquí, basándose en el ritual de la mantis de desaparecer al macho durante la cópula, modelaría un nuevo mecanismo que consistiría en una sola máquina, con sus propios resortes y metales, para que la figura del verdugo desapareciera. Esta idea nos dio las siguientes máquinas de tortura: tormento de la rueda, cuya manivela se apretaba más y más hasta descoyuntar los huesos; tormento de Damiens, en cuya carreta el condenado desaparecería al ser incinerado por una hoguera permanente, como las llamas del infierno; tormento de la catapelta, cuya rueda trituraba los huesos y cuyas tenazas desgarraban la carne a pedazos.



De la serie *Arquetipos del poder II (Notaciones)*, collage/papel recortado, medidas variables, 2014

Presenciar una máquina ejecutante, como un acto divino que funcionaba por sí misma, le devolvió el sosiego a los verdugos y atormentó por años a la sociedad. El asombro causado por las ejecuciones en las plazas públicas había cumplido su cometido. Las máquinas mantenían esta severa inscripción en alguno de sus perfiles: “Nadie (es decir, ningún verdugo) la está ejecutando: su fuente, su voz, no es el auténtico lugar de la ejecución, sino la expectación.”

Siglos después, en 1968, esta frase sería retocada por Barthes en su artículo “La muerte del autor”.



De la serie *Agresive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012

## Mariposas

A Rocío Santiago Flores

Negras como sexos, doradas por crepúsculos, diurnas o nocturnas, las mariposas ejecutan una constante fuga de sí mismas. Cuando sobrevolaron los campos y las extensiones verdecidas, rápidamente los poetas las pincelaron con color y características florales. Así escribió sobre una flor en un huerto Mohammed Abdalla al Dawi:

En él voltean por el aura pura,  
 cual blancas y encarnadas mariposas,  
 las hojas de las rosas  
 que en torno esparce el viento con dulzura.

Aunque se les igualó con las flores, las mariposas se sintieron por encima de ellas y volaron dejando una estela de niños persiguiéndolas, que sólo conservaron la forma de su huida entre sus manos, quizá porque la belleza debe aparentar la distancia y lo inalcanzable.

Fugándose de sí mismas, las mariposas mudaron hacia los paisajes nocturnos. Acostumbradas a los fotones del sol, encontraron una doble desgracia. Atraídas por el taciturno fulgor de las lámparas, volaron hacia ellas, dando infinitos círculos hasta carbonizarse. Un religioso y poeta místico vio en ese gesto suicida el amor divino y escribió: “Amado con amada, amado en el Amado transformada.” Más tarde, Sebastián Covarrubias anotó, en *El tesoro*, que la mariposa “es un animalito que se cuenta entre los gusanos alados, el más imbécil de todos los que puede haber. Éste tiene inclinación a entrarse por la luz de la candela, porfiando una vez y otra, hasta que finalmente se quema...”.

Estas líneas significaron para las mariposas la mayor de las afrentas posibles y, fabricándose sombra y odio por dentro, cambiaron de coloración. Sus cuerpos se ajustaron a lo oscuro, al inminente luto. Olvidaron aquel origen divino de su nombre que sumaba el nombre “María” más el verbo “posar” y desde hace mucho tiempo las hemos visto fijarse en las esquinas de las habitaciones, anunciándonos con este gesto nuestra fatídica muerte.

## Catarinas

*A Dalia Pineda*

Los pintores del rojo de la coralillo sacudieron sus brochas y tiñeron el caparazón de las catarinas. El mecanismo de despegue y aterrizaje es la envidia de cualquier piloto aviador. Comprobamos que cuando sus pequeñas alas tiemblan, parecen una agitada espiga en el aire. Los lugares predilectos de las catarinas para aterrizar son las flores y las mejillas femeninas. Me creeréis romántico o cursi pero es cierto.

Entre las historias referidas a este coleóptero, los manuales de entomología coinciden en ésta:

El joven Yael Rigueira acomodaba sus colores para pintar un paisaje cuando una catarina se posó sobre su lienzo todavía blanco. Momento de epifanía: ¿sería posible hacer puntos multicromáticos sobre este lienzo? [...] Luego de trabajar un tratado junto a Seurat, el puntillismo llegó a convertirse en una escuela pictórica. Como homenaje a la catarina, Rigueira la retrató con miles de puntos en un enorme cuadro (el Louvre guarda una copia, que funcionó de inspiración para que Magritte pintara *La pipa*).

Se sabe que las catarinas en su mejor momento consumen una gran cantidad de pulgones, ayudando así a controlar las plagas de cosechas y jardines. Al igual que las mariposas, las catarinas o mariquitas gozan de llevar en su nombre el apócope de la virgen María, ya que son animales benéficos para el hombre.





De la serie *Agressive Hunting Pictures*, collage, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012

## La araña

*Y, ciertamente, la más liviana de las casas  
(es) la casa de la araña  
si supieren.*

El Corán XXIX, 40

Las variaciones del mito del Minotauro reinciden en la pesadez de los amplios corredores y las infames galerías. Regularmente se resalta la cornada furiosa contra los manebos y doncellas tributadas. El elemento sutil y salvador de una hebra se contrasta con el intrincado poder del hombre-toro. La lascivia puede aparecer en un rudimento de piel y madera o en el encierro dentro de una cámara.

Importa agregar a esa serie de tradiciones la versión del Asia Menor, recogida no en orfebrería, sino en tapices coloridos. Anfitrión y terror, inventora e hilandera, se reúnen en un solo símbolo: la araña. La hacedora del laberinto es la araña, que repite patrones circulares con su delgadísimo cordel. En el centro no hay un Minotauro sino una experta tejedora, que en su suspendido afán prepara su afrenta. Como se ve, esta versión conserva el carácter delicado de la hebra y el fatídico destino de caer sobre ese enredo. Se entiende, además, que por el trueque lingüístico entre dos lenguas, entre Ariadna y Aradne, el resultado sea la palabra Aracne. Ovidio habla de esto en sus *Metamorfosis*, pero huye de la repetición y olvida contarnos el mito completo.

## Cochinillas

*A Daniel Moctezuma*

La cochinilla toma el motivo de la rueda: en la inclinación recorre las calles de asfalto, evita los charcos de agua con la poderosa fuerza concentrada en su vientre. Comparables a las bolitas de plastilina que se fugan de las manos de los niños, las cochinillas buscan los rincones para no ser pisadas por las suelas de los zapatos. Su kilometraje compite con el de las rocas que caen por pendientes y peñascos. Rivaliza con las vueltas de la canica en las manos de un niño que en el afán de derrotar a su compañero en el receso de clases termina por desgajarse.

En estos tiempos poéticos de lugares comunes, en este momento en que las palabras transporte y gusano están más unidas que nunca, regresemos a la cochinilla. Basta revisar algunos poemas escritos en talleres literarios para comprobar que los poemas dedicados al Metro registran la gastadísima línea del gusano naranja. Alcemos otro pedestal, mudémonos a la cochinilla, cuyas escamas se sobreponen una a una para encerrar en una cápsula diminuta a este ejemplar tipográfico, insigne solitario en el abecedario de insectos.

## Pulgas

*Una noche de pulgas y mosquitos  
es larga noche, pues proscribire el sueño:  
aquéllas saltan sin saber bailar,  
y éstos cantan sin metro.*

Ibn Sāra Aš-Šantarīnī

Son continuas enemigas del sueño y compiten de igual a igual contra el insomnio. Frente a los tules del mosquitero, no hay nada que nos proteja de las pulgas. Las pulgas son perceptibles en el aire sólo cuando cambian de lugar y se ocultan en el tejido de las prendas o en el pelaje de los perros. A la flautilla chillona que delata a los mosquitos corresponden las torpes patas de las pulgas que las hacen tropezar de cuando en cuando.

Las pulgas aguantan pocas pulgas: apenas y hemos aseado un poco las habitaciones y ya empiezan patas arriba a hacer rabietas. Algunas veces el año está de pulgas y uno no sabe cómo exterminarlas. Ocupan cualquier sitio, incluso los más insospechados. Por la noche, el insomnio nos echa la pulga en la oreja y allí anda uno recordando cómo se debe respirar, cambiando de lado de la cama, calculando el peso de los párpados en la jornada sin sueño.

El siglo XIX y su creciente afición por los espectáculos hizo que alguien ideara un circo de pulgas. Aquí algunos puntos de un manual escrito por el polaco Wilhem Doot:

1. Para quitar esa creciente afición hacia los saltos basta meterlas en cajitas planas.
2. Por la potencia de sus piernas, las pulgas pueden cargar ochenta veces su peso.
3. Hágase de hilos finísimos que pueda atar al cuerpo de las pulgas y sujételas a un pequeño carro que tirará durante el espectáculo.
4. Si las pulgas no obedecen, no dude en castigarlas, las pulgas sólo entienden desde el castigo.
5. Para castigar una pulga basta retirar la dosis de sangre por tres horas.
6. Para que aprendan a saltar sobre el trampolín, es preferible que la lona sea de cuero de perro.
7. Para perfeccionar el truco del aro, construya su habitación en un cuadrado de cuarenta centímetros, que luego dividirá en cuatro cuadrados de diez centímetros cada uno. Deje pequeños aros que comuniquen cada una de sus habitaciones.

Ahora las pulgas funcionan como material didáctico y se las ve saltando en la reglas numéricas, creyendo ingenuamente que los números positivos y negativos son un tipo de sangre.



De la serie *Arquetipos del poder II (Notaciones)*, collage/papel recortado, medidas variables, 2014

## El alacrán

Con una válvula de microveneno lista para dormir un dedo gordo del pie o provocar un cosquilleo que suba por la ramificación nerviosa de las pantorrillas, el alacrán avanza pausadamente sobre la tierra desértica. Su mitificación romántica nos lo presenta en un negro ejemplar grueso y duro, como la trenza de una mujer árabe. La ardiente e insoportable arena para muchos es para el alacrán su momento de gloria, como un faquir camina sobre las ascuas encendidas.

Los novelistas del siglo XX maniobraron con las formas e incluyeron notas sueltas sobre el oficio de escribir dentro de sus textos. Las *Morellianas* pretendían crear un nuevo lenguaje, que terminara por destruirse a sí mismo: “La inexplicable tentación del suicidio de la inteligencia por vía de la inteligencia misma. El alacrán clavándose el agujijón, harto de ser un alacrán pero necesitado de alacranidad para acabar con el alacrán.” No se sabe a ciencia cierta hasta dónde esta empresa tuvo eficacia.

Los ajenos a la literatura y más cercanos al pulque y la cerveza arrojan lo restante de sus vasos al suelo, como si desde el vaso sujetaran un látigo de agua, dejando la insigne ganzúa del alacrán tatuada sobre la tierra.


## La disidencia de la mosca

*y menos Atenea, del botín juez y dueño,  
quien se interpone y pronta la saeta desvía,  
como cuando la madre hace por ahuyentar  
la mosca que del hijo turba el plácido sueño.*

Ilíada, VI

Atengámonos a la etimología, la mosca es rebelde por naturaleza. Puebla desde el immaculado plato de una Venecia, hasta los calurosos veranos de una planicie en Tailandia. Aprendió del viento esa comba que se estampa contra los rostros, de allí su constante chocar contra nuestros semblantes —más te valiera no tener la boca abierta.

Muchos se han nutrido de su oposición y resistencia: antaño los chinos hablaron de ella antes de sus rebeliones; San Agustín meditó con ellas; Lutero resolvió el problema con un decreto en una puerta de Wittenberg; y Augusto Monterroso reflexionó en su habitación con ellas. Más eficiente que un epigrama político es la mosca, basta un ejemplar de ellas sobre la nariz de un funcionario público para disfrazarlo con características fecales. Es impronta de la mosca su resistencia, como cuando se la aplasta: de su diminuto cuerpo surgen larvas que ya tienen movilidad y quieren poblar inmediatamente los basureros. Tanta es su resistencia que vemos en ellas el símbolo de la eternidad: la palingenesia, generación y regeneración. Homero pudo haberla inmortalizado: cual la generación de las moscas, así la de los hombres.

El otro, el transitorio humano, inventó el alígero matamoscas, el caramelo de las cintas pegajosas que las capturan por centenares. Sin embargo, la mosca sigue zumbando, lo que nos asegura que hay mucha zeta para rato. 

pp. 78-79: De la serie *Aggressive Hunting Pictures, collage*, técnica mixta/papel recortado, medidas variables, 2010-2012





L  
N





